

GALICIA

REVISTA REGIONAL

LA RESIDENCIA DEL PADRE ISLA

EN EL COLEGIO DE JESUITAS DE PONTEVEDRA

I

A no es de ahora que Pontevedra haya debido á las privilegiadas condiciones de su benigno temple y deleitosas campiñas ser visitada por personajes eminentes y hombres preclaros en virtud y en letras. Y no sólo visitada, sino detenida y grata residencia fué, en la segunda mitad del pasado siglo, de uno de los más renombrados escritores españoles, del eximio Jesuita P. José Francisco de Isla, tan conocido por propios y extraños en la república literaria como autor de la "Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas," y de "Las Cartas familiares," que, entre todos sus escritos, como verdaderos monumentos literarios de la pasada centuria son tenidas ambas obras.

Cierto es que antes de la venida del Padre Isla al colegio de Jesuitas de Pontevedra, en Marzo de 1767, debió este distinguido escritor haber permanecido en alguna otra población de Galicia. A ella debió venir, joven aún, aquel hijo

de la tierra leonesa que, en uno de sus puntos, próximo á la villa de Valderas, había abierto por primera vez sus ojos á la luz.

Consta, en efecto, que, á la edad de treinta y dos años, desempeñaba en Santiago cátedras de filosofía y de teología, ejerciendo además en dicha ciudad el ministerio de la predicación. Y aun puede presumirse que tendría, con este motivo, ocasión de observar y reconocer aquella corrupción y mal gusto, que infeccionaban entonces la oratoria del púlpito y que en pocos sitios había propagado gérmenes tan virulentos como en la ciudad compostelana. Con leer la descripción de las fiestas que, con motivo de la canonización de San Pío V, se celebraron en Santiago y ver en ella impresos los varios sermones, que en tal solemnidad se predicaron, harto se advierte cuan necesitados andaban de censura y de reforma aquellos rebuscadores de sutiles y extravagantes conceptos y que, con giros altisonantes y gongorinos, habían convertido la Sagrada Cátedra en profano palenque del más detestable mal gusto. Y que en la ciudad del Apóstol hubo de tropezar con los antecesores, ya que no padres y hermanos, de la fecunda familia de Fray Gerundio de Campazas, bien á las claras se deduce de los sermones predicados allí por el Padre Isla, que corren impresos. A estos predicadores sin duda alguna aludía, cuando afirmaba desde el púlpito, que "hacían unos sermones á modo de Poliantea donde igualmente sirven las verdades infalibles é inspiradas de la Sagrada Escritura, que los delirios, sueños y embustes de los gentiles; entrando á hombrrear y escupiendo en corro, como dicen, con las ponderosas sentencias de San Pablo, San Crisóstomo y San Agustín, los dichitos de Séneca, los cortadillos de Plinio, las agudezas de Marcial y las sátiras de Horacio.," A estos malos predicadores santiagueses debía de dirigirse cuando, en otro de sus sermones, pronunciados en aquella ciudad, les decía: que no se curaban más que de *peinar la retórica, atusar las voces y formar un juego de ajedrez con las palabras.*

II

Pero había, además de la cátedra y de la predicación, otra causa, que pudo retener por algún tiempo en la ciudad compostelana al Padre Isla. Por haber venido tal vez á re-

sidir allí su familia, tenía en dicha ciudad una hermana, que fué objeto siempre de la más entrañable predilección y del más delicado afecto del Jesuita, á quien dirigió la mayor parte de sus preciosas cartas familiares y en las cuales tendríanse por hiperbólicos y apasionados los elogios que prodiga en dichas epístolas á los talentos de D.^a María Francisca de Isla, si por otros datos no resultasen también comprobadas aquellas gallardas y bizarras dotes de su ingenio. Cultivaba la hermana del Padre Isla la literatura, no negándola principalmente algunas de sus flores más delicadas el verjel de la poesía. Debiose á esto que la Academia de buenas letras de Oporto la inscribiese en el catálogo de sus socios. Pero con ser tan abundosos los talentos poéticos de tan relevante dama, poseía otros que con mucho les aventajaban. En el periódico *El Mercurio*, publicado en 1773, se daba cuenta del hecho prodigioso de que D.^a María de Isla y Losada, residente en Santiago, según la certificación autorizada de un Alcalde, un escribano y once testigos, había dictado á un mismo tiempo doce cartas á otros tantos sujetos, con independencia de asuntos y facilidad de estilo en todas. Todavía afirmaba aquel periódico, y es de cierto más de admirar, que, sin suspender el dictado de dichas cartas mas que por dos minutos, se distrajo á saludar y cumplimentar á algunas personas que entraron en la sala y continuó después con la experiencia que todos los concurrentes presenciaron. Tan sorprendente caso de atención múltiple, y que en gran manera excede los hechos análogos que algunos autores citan, casi le fuerza á uno á pensar que, á haber vivido D.^a María Francisca de la Isla en nuestros tiempos de amplias relaciones políticas y vida pública, hubiera sido tal señora irremplazable para llevar la correspondencia en la secretaría particular de cualquier diputado, senador y hasta ministro. Bien es cierto que como suele ir tantas veces aparejado el remedio con la enfermedad, ya este género de literatura político-epistolar se arregla siempre á un patrón igual y ordinario; cuando, por el contrario, los dictados de nuestra literata reconocían entre sus méritos el de la variedad.

Bien merecía, pues, esta mujer insigne y que, para honra de Galicia, tienésela además como nacida en la ciudad compostelana, haber sido el más poderoso vínculo que unió siempre con nuestro país el alma del Padre Isla, y que en gran parte habrá contribuido ella á infundirle aquel carácter

afable y jovial, aquel corazón bondadoso y simpático, que asoma en las producciones literarias del Jesuita, para dar mayor relieve á su profundo espíritu, abierto siempre á todas las grandes ideas.

III

¿Qué extraño es por tanto que, á partir de esta época y, más tarde, al volver desde el colegio de Jesuitas de Villagarcía de Campos á Galicia, siquiera fuese por una temporada, tanto se hubiese aficionado á las cosas de nuestro país, que, con el mayor donaire y propiedad emplee después las locuciones gallegas en sus cartas y llame á su hermana *Marruxiña*, ó hable de la *broa* y del *pantigro* y bautice con el nombre de *faco* á la cabalgadura en que monta? ¿No recuerda más de una vez en sus cartas sus paseos á los conventos de Conjo y de San Lorenzo? Ni han de sorprender tampoco las referencias que hace del cura de Fruime y del Doctor Bedoya, que era este último, por aquellos tiempos, una de las estrellas de mayor magnitud de la Medicina en Santiago, Médico del Cabildo y al cual dedicó su tratado de Fuentes minerales de España, tenido este libro entre los doctos por la primera y más concienzuda obra, que hubo de publicarse sobre este asunto.

Pero la residencia más larga del Padre Isla en Galicia fué cuando vino destinado al colegio de Jesuitas de Pontevedra, en Marzo de 1761. En ningún sitio, como en esta ciudad, pareció encontrarse más satisfecho ni contento. Parecía ver allí colmadas todas sus aspiraciones y que su existencia, más que promediada en la carrera de la vida, había hallado en la antigua Helenes el anhelado centro que buscaba. Renovábanse sus corporales energías y explayábase su espíritu al sentir el influjo de aquel cielo alegre, de aquel temple benigno, de aquellos amplios horizontes, cuyas recortadas siluetas parecen romper suavemente sus líneas y separarse para dejar, en sus lejanías, asomar las olas del mar, que, tornándose tranquilas como un lago, al dilatarse por las riberas y marismas, confunden sus corrientes con las sosegadas ondas del Lerez. Las cartas del Padre Isla, revelando, como siempre, las efusiones del fraternal cariño que su hermana le inspira, dejan á la vez asomar las emociones varias

que surgen en su espíritu, á la presencia de aquellas apacibles y deleitosas campiñas pontevedresas. No sólo se embelesa en su contemplación desde las azoteas del colegio, que trae á su vista el panorama encantador del próximo río y detrás los escalonados viñedos que van ascendiendo por la falda del monte, en cuya altura se asienta el monasterio del Lerez, sino que, en dirección opuesta, divisa los frondosos robledales hacia donde han de dirigirse sus frecuentes paseos, puesto que bajo su sombra se oculta aquella fuente de Blas, á quien llama alguna vez con gracejo *Madama Blasa*.

La misma sociedad pontevedresa, que no bien el Jesuita fija allí su residencia, pagando acaso tributo al nombre y reputación de éste, se apresura á frecuentar su trato, es objeto de sus elogios, y bien á las claras deja ver que cuanto de más linajudo y culto encerraba entónces aquella villa se complacía en prodigar sus atenciones al P. Isla. Bien es cierto que era Pontevedra, en aquellos días, la villa acaso de mayor población de Galicia, con numerosa guarnición militar, residencia de la autoridad superior de marina del departamento, emporio de la industria y del comercio marítimo de aquellas costas y granado centro de lo más selecto de la aristocracia gallega. Los marqueses de Castelar, de Aranda, de Monteleon, de Valladares y de Leis, los condes de San Román, de Gondomar, de Estariz y de Oleiros, el barón de Casagoda y los representantes de las nobilísimas familias de los Gayosos, Montenegros, Correas, Luaces, Sucados y otros daban relieve de distinción á la culta sociedad pontevedresa. Dejaba, pues, el Padre Isla, al venir á residir en Pontevedra, aquellas llanuras frías y desoladas de Villagarcía de Campos y atrás quedaban también las nubes que calificaba de *petrificadas* de la ciudad compostelana, para gozar á sus anchas de las embelesadoras campiñas que circuyen á la antigua Helenes.

De ellas no hubiera tal vez salido, siendo probablemente la tierra querida que hubiese guardado sus restos; pero, por fatal contraste de la suerte y á los seis años de vivir en Pontevedra, tuvo que sufrir de improviso el más rudo vaivén de la fortuna. Pudiera casi sospecharse que habían querido los hados hacerle disfrutar anticipadamente de un paraíso, para hundirle de pronto en un abismo de desventuras. No se borrará de la historia la fecha de aquella Real Pragmática de Carlos III, dada en 2 de Abril de 1767.

Pero antes de dar cuenta de dicho suceso y del extraña-

miento á que tanto Isla como los suyos se vieron condenados, y sin que entre en nuestro ánimo juzgar la *expulsión de la Compañía*, que, aún reconociendo que en aquellos tiempos estuviese motivada, no es difícil creer que, como en todos los castigos de indisciplina ó de rebelión, hubiesen pagado justos por pecadores, no queremos renunciar á dar á conocer algunos trozos de las *Cartas familiares* del Padre Isla, los que bastarán, ya que no puedan publicarse todos, para que el lector vea comprobados nuestros anteriores datos.

IV

He aquí en que términos da á su familia cuenta de la llegada á Pontevedra y primeras impresiones que recibió, al instalarse en el Colegio de Jesuitas esta ciudad:

Carta 238

“Esta mañana os avisé por el alquilador de que ya quedaba en Pontevedra: son las nueve de la noche y todavía me mantengo aquí; mira si soy hombre constante. Todo el día se me ha ido en oír arengas y en responderlas, por señas de que he dicho valientes majaderadas. Todo consiste en la falta de uso, que, en acostumbrándome, ya se las apostaré al capitán del regimiento de Orense. Algunos oficiales del de Pontevedra me han venido á ver que no le deben nada: el primer recado que tuve fué el de tu amiga la marquesa de Leis y el marqués vino esta tarde. Siguiéronse después los de las de Figueroa, Villamenazar, D.^a Francisca Paula, su sobrina D.^a Teresa Rosa, D.^a María Ignacia Gayoso y que sé yo que más. Discurre que caso haré de tu merced, rodeado de tantas señorías.,

.
Completa en otra de las cartas las noticias acerca de su primera instalación en el referido colegio.

Carta 259

“Ya tengo aquí mi equipaje monacal, y aunque tengo un

cuarto en donde no caben en pié los cachivaches, se irán acomodando lo mejor que se pueda. Como estoy de supernumerario me metí donde encontré hasta que se desocupe nicho, si ya no fuere el mío el primero que se desocupe.,,

Da en otra de las cartas una curiosa noticia acerca de la disposición que entonces tenían las calles de Pontevedra, según puede leerse en la que dirige á su hermana, y es la

Carta 255

"En quince días no había salido de casa hasta que me sacó Sta Teresa para cumplir con tu devota la suegra del de San Roman y con su madre que es buena señora. No las hice corto obsequio por lo mucho que llovía, aunque casi se va siempre por debajo de soportales hasta sus casas, sin cuya circunstancia tampoco me hubiera atrevido.,, (1)

En otra de las cartas, dirigida también á su hermana y ahijada, escribe, á propósito del clima de Pontevedra, los elogios siguientes:

Carta 256

"Hija mía: á mí me hacen alguna falta mis ordinarios paseos, aunque los procuraba suplir con esta divertida azotea: volvió el tiempo á componerse y volví á aprovecharme de la ocasión que no malograré siempre que pueda. Tengo por cierto que lograrías mucho alivio si pudieras mudar aquí tu residencia, por la benignidad del temple, por el despejo del cielo, por la dulzura del terreno y por el genio de las gentes; pero de que servirá apacentar la imaginación con ideas quiméricas?"

El nuevo comandante de la provincia de Tuy Mac-donell y su mujer escribieron á mi Señora D.^{na} María Teresa Gayo-

(1) Había, con efecto, que atravesar bastantes calles de Pontevedra para llegar desde el Colegio de Jesuitas á la casa de San Roman, situado el primero en la calle de la Compañía y la otra en la calle Real. ¡Cuántas veces, al residir más tarde desterrado en Bolonia el Padre Isla, recordaría esta semejanza entre Pontevedra y la ciudad italiana, cuyas calles, como es sabido, abundan en amplios y hermosos soportales!

Por lo demás, debe consignarse, que en el transcurso de un siglo ha perdido Pontevedra este carácter de sus construcciones, no quedando hoy más soportales que los de la calle del Comercio y algunos en la plaza de la Constitución.

so que les ojease alguna casa en esta villa por si lograban la pretensión, que habian, de vivir aquí."

Refiriéndose á las visitas y calidad de las personas que en Pontevedra se había visto obligado á cumplimentar, dice en la

Carta 239

"Concluí ya todas mis visitas en que he visto señorías de bulto y mercedes de feligrana..... Chanzas á un lado, la gente es muy sociable y si yo lo fuera no me faltaria conversacion."

Respecto á sus deseos de permanecer y vivir por siempre en Pontevedra, bien á las claras los significa en la

Carta 255

"Nuestro nuevo Provincial es mi antiguo amigo y casi perpetuo compañero en la carrera de cátedras. En la carta que le escribo de enhorabuena le pido que me permita arrancharme aquí, sin acordarme ya mas de Villagarcía y espero que me dará este gusto."

V

Y á pesar de estos deseos, no pudo el Padre Isla permanecer mas de seis años arranchado en Pontevedra. Allí, con toda la sorpresa con que caen á las veces tanto sobre los pueblos como sobre los individuos las espantosas catástrofes, le cogió el decreto, ó mejor dicho, la famosa pragmática de expulsión de la Compañía de Jesús.

Aquella vida plácida y tranquila de Pontevedra, que, á pesar de su edad sexagenaria, tanto se compadecía con sus tareas literarias y sus esparcimientos sociales, viose subitamente trocada por el más impensado extrañamiento, en pos del cual sólo era lícito vislumbrar el porvenir más incierto y desventurado. Vino, pues, tras de aquel dulce y sereno idilio de su vida en Pontevedra, la tristísima elegía del apartamiento de los suyos y del cruel destierro.

Tan rudo embate no era posible que sin menoscabo de su salud pudiera sufrirlo su organización. Presa fué de un violento ataque apoplético, que le entorpeció la lengua, aun-

que dejándole libre el conocimiento, cuando estaba para ponerse en camino para la Coruña con sus compañeros.

Resistióse á abandonar á éstos y, hasta la inmediata villa de Caldas, fué llevado el enfermo en una litera.

La repetición del accidente y el tratamiento que este reclamó no le permitieron llegar á Santiago sino con grandes precauciones y en otras dos marchas. Allí le instaron los suyos á permanecer y, por una orden del Capitán General de Galicia, se le concedía que se detuviese el enfermo en aquella ciudad hasta que cesase el accidente y recobrase las fuerzas necesarias para continuar el viaje á la Coruña sin el menor peligro.

Trasladado en aquella ciudad al monasterio de benedictinos de San Martín, apenas desapareció la enfermedad, aunque no restablecida aún su salud, se apresuró á incorporarse con sus hermanos en la Coruña. Inmutable en la resolución de acompañar á estos y seguir su suerte, no bien arribaron al Ferrol los jesuitas de Castilla, Navarra, Vizcaya y Asturias, se dirigió á aquel puerto y, distribuidos en los navíos de guerra dispuestos allí para trasladar á los jesuitas á Italia, tocole al Padre Isla embarcarse en el navío *San Juan Nepomuceno*.

VI

Separado ya nuestro jesuita de Galicia, sabido es que no cesaron, y antes se vieron acrecidas sus penalidades, permaneciendo varios meses en el presidio genovés de Calvi y en el lazareto de Génova. Pudo más tarde atravesar el Apenino y llegar á la legación de Bolonia, pero no sin sufrir también en Crespelano y en Budrio las penurias de la escasez, el encarcelamiento y los ayes de las enfermedades. Mas tarde, á la protección de los condes de Tedeschi debió en su propio palacio un asilo y en este le fué dado disfrutar de general aprecio en Bolonia, continuar sus tareas literarias y aún emprender otras nuevas hasta que, el 2 de Noviembre de 1781, exhaló su último suspiro, lejos de la amada patria, siendo enterrados sus restos en Santa María de la Muratele.

En aquella tierra Boloñesa, y al pie del Apenino, descansan los inanimados restos del simpático jesuita, tan amante de Pontevedra, como lo fué también otro de sus jóvenes compañeros, el inolvidable Amoedo, hijo de esta ciudad,

que supo desde Bolonia llorar por la patria ausente y acertó, como el desterrado del Ponto, á cantarla en tristísima elegía, recordando en aquellos versos latinos los lugares y costumbres, templos y casas de Pontevedra y con los cuales se había identificado desde su infancia.

¡Quién sabe si por la misma diferencia de edad que entre ambos mediaba y siendo Isla tan excelente humanista y sabio maestro, hubo de serlo de Amoedo!

Habiéndoles cogido á ambos el decreto de expulsión en el Colegio de Pontevedra y deparado el destino igual residencia en Italia, conjeturar se puede que juntos recordasen los dos unos mismos lugares de Galicia y con suspiros también de ambos se confundieran aquellos recuerdos.

Pero lo que no es presumible, sino cierto, es que tiene todavía á la consideración de Galicia otro título más el Padre Isla; y es que no escaseó sus escritos polémicos y apologéticos en defensa del *Teatro crítico* del Padre Maestro Feijóo. Y tenía que ser así: aquellos dos grandes genios del siglo XVIII, profundamente críticos ambos, el uno en la esfera literaria y el otro en la de la filosofía, debían entre sí influirse y completarse.

Cree el profundo crítico Taine en las relaciones de la producción artística y literaria con la raza, con el medio y con el momento de su aparición, y es, con efecto, digno de advertirse, que de esta región del Noroeste de España, ó sea del país que formaba, con Asturias y León, la Galicia romana, y región á cuya unidad militar destinaba el Imperio latino la legión *Septima gémína*, de esta región, en suma, hayan salido los preclaros varones que más han influido durante el siglo pasado en los destinos de la Nación Española, naciendo en ella Feijóo, el Padre Isla, Sarmiento, el marqués de Monteleón, D. Manuel Ventura de Figueroa y el insigne Jovellanos.

LUÍS RODRÍGUEZ SEOANE.





DECLINACIÓN GALLEGA

PARA explicar de una manera completa la materia de que vamos á ocuparnos, será muy conveniente demostrar primero, cuáles fueron los orígenes del idioma gallego y vicisitudes porque atravesó, elaborándose, durante el lento transcurso de las generaciones, hasta llegar al estado actual, según se habla en las fértiles comarcas de nuestra moderna Galicia.

Siendo tan variables las cosas humanas, nada tiene de particular que varíen también las lenguas poco á poco, dando origen á otras nuevas, que vienen á lucir su vigor y lozanía con la novedad de su frase y recientes vocablos, cuya sucesión y alternativa compara el inmortal Horacio, en su "Arte poética," de la manera siguiente: *"Así como las hojas de los árboles caen y se renuevan al terminar el año, así también caen en desuso las dicciones antiguas, y las recientemente inventadas brillan y campean con todo el vigor de la*

juventud„ (1); y continúa en otra parte: “*Volverán á usarse muchas palabras que cayeron en desuso y quedarán sin valor otras que hoy se recomiendan, si así lo quiere el uso, juez, árbitro y norma del lenguaje*„ (2)

Sin embargo de lo dicho, esta mutación lenta de las lenguas puede verificarse también de una manera rápida, por cambiar las naciones de dueño, pues así como el conquistador impone al pueblo conquistado sus leyes, sus costumbres y hasta su propia religión, le obliga asimismo á expresarse en su propio idioma, porque es más natural que el siervo interprete el pensamiento del señor, que el señor el del siervo.

De aquí vino el que haya desaparecido de la faz de la tierra el mejor idioma del mundo, aquella suave y harmónica lengua en que el inmortal Homero cantó el robo de Elena y las desastrosas guerras entre griegos y troyanos; de aquí vino también el que, siendo la misma lengua griega una de las primitivas de España, fuese sustituida por la de los romanos, (3) y ésta, finalmente, corrompida, á causa de la invasión de otras naciones que asolaron nuestra patria, tales como los vándalos, los suevos, los alanos, los godos y, por último, los sarracenos, de cuyas lenguas hay restos en nuestro latín romanceado.

La decadencia en las lenguas se verifica de varias maneras:

1.^a Desechando alguna de sus palabras como materiales viejos, y sustituyéndolos por otros nuevos.

2.^a Enmendando dichos vocablos.

3.^a Aumentando su vocabulario, y

Finalmente, cambiando en todo ó en parte las reglas de Sintaxis, Prosodia y Ortografía; así es como se corrompió la lengua latina, que era, á no dudarlo, el idioma usual y

(1) Ut sylvæ follis pronos mutentur in annos,
Prima cadunt; ita verborum vetus interit ætas,
Et juvenum ritu florent modo nata vigentque.

(2) Multa renascuntur, quæ jam cecidere; cadentque
Quæ nunc sunt in honore vocabula, si volet usus,
Quem penes arbitrium est, et jus, et norma loquendi.

(3) La siguiente inscripción, hallada en la ciudad de Ampurias, nos prueba de una manera incontestable la introducción de la lengua romana en España: “*Emporitani populi græci hoc templum sub nomine Dianæ Ephesiæ et o sæculo condidere, quo nec relicta græcorum lingua, nec idiomati patriæ Iberæ recepto in mores in linguam, in usum in ditionem cessere romanam. M. Cetego, et Lucio Apronio, Coss.*” Los moradores griegos de la ciudad de Ampurias edificaron este templo á la advocación de la Diosa Diana de Efeso. en el tiempo en que no dejando la lengua griega ni tomado el idioma propio de los españoles, se sujetaron á las costumbres, á la lengua, á las leyes y al señorío de los romanos, siendo cónsules, M. Cetego y Lucio Apronio.

corriente de todos los españoles en tiempo de la dominación romana.

Dicen eruditos escritores, que la lengua latina principió á corromperse sucesivamente en toda España; pero con especialidad en las comarcas de Asturias y Galicia, que sirvieron de refugio y parapeto á los restos del ejército godo, vencido por los sarracenos en las márgenes del Guadalete.

Por más que parezca muy natural, según hemos dicho antes, que el conquistador imponga sus leyes, su religión y hasta su propio lenguaje al pueblo sojuzgado; sin embargo, este aserto no deja de tener sus excepciones en la historia, lo cual aconteció en España durante la dominación gótica, pues que aquellos invasores no formaron gran empeño en imponer su lengua natural al pueblo vencido, porque demasiado conocían, á pesar de su rudeza y barbarie, que el idioma de los romanos sobrepujaba en excelencia al suyo, y por eso tenían sumo gusto hablar en latín, empleando esta lengua en casi todos los documentos públicos; pero es cosa sabida que todos los que intentan hablar una lengua extraña, introducen con frecuencia en la misma *barbarismos* y *solecismos*, vicios que atacan á la *pureza* de la frase y de la dicción; esto fué lo primero que sucedió al idioma latino, con motivo de la irrupción de los bárbaros del Norte, que adulteraron sus vocablos, mezclándolos, á la par, con otros de su natural lenguaje, circunstancia que contribuyó no poco á la decadencia de la lengua romana; mas la causa primordial de la corrupción del latín fué la pérdida de las terminaciones en los nombres, dando así origen á la nueva *declinación gótica*; veamos en que consistía esta elaboración lingüística, y de que manera se verificó.

Aunque los godos deseaban conservar á todo trance la lengua latina, antes que extender la suya propia; sin embargo, la incuria de estos invasores dió margen á la pérdida de la declinación genuína de aquel idioma, que consistía en la distinción de casos por medio de terminaciones en los nombres sustantivos y adjetivos, adoptando la declinación gótica, que se formulaba haciendo invariable el nombre en cada uno de los números, distinguiendo los casos por medio de preposiciones, ya solas, ya acompañadas de artículos, práctica que explicaba de una manera más eficaz las circunstancias de nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo y ablativo, llegando á formarse otra lengua nueva, que, más

tarde, llegó á llamarse *romance gallego*: veamos cómo se verificó esta metamórfosis.

Vocablos que pasaron incorruptos á la lengua gallega y son exclusivos de la misma, como: de comestus, *comesto*; de defensus, *defenso*; de deletus, *deleto*; de ledus, *ledo*; de lingoa, *lingoa*; de tépidus, *tépido*. (1)

Voces que permanecen incorruptas, lo mismo en el lenguaje gallego que en el castellano, como: de altus, *alto*; de ars, *arte*; de avis, *ave*; de discipulus, *dicipulo ó disciplo*; de gravis, *grave*; de levis, *leve*; de navis, *nave*; de partus, *parto*; de plebs, *plebe*; de prudens, *prudente*.

Vocablos incorruptos en la lengua gallega con alguna variante en la castellana, como: de certus, *certo*; de infernus, *inferno*; de servus, *servo*; de tempus, *tempo*; de terra, *terra*; de ventus, *vento*, etc. (2)

Se hallan en el mismo caso los siguientes: de collus, *colo*; de corvus, *corvo*; de fons, *fonte*; de fors, *forte*; de hortus, *horto*; de pons, *ponte*; de porcas, *porco*; de porta, *porta*; de sors, *sorte*. (3)

Pertenecen también al caso anterior, si bien por diferente concepto, las siguientes voces, como: de faba, *faba*; de fames, *fame*; de ferrum, *ferro*. (4)

Hay otras incorruptas, procedentes del nominativo, como: de altar, *altar*; de animal, *animal*; de fel, *fel*; de mel, *mel*, etc.

Hay otras, que permanecen también incorruptas, tomadas de los nominativos del plural, como: de cruces, *cruces*; de luces, *luces*.

Los pronombres personales *me*, *te*, *se*, *nos* y *vos* fueron tomados de su propia declinación latina y aplicados también al gallego, sin variación de ningún género; y, finalmente, pasaron al gallego, sin variación alguna, muchas preposiciones y adverbios, como: *á*, *contra*, *de*, *si*, *tanto* y otras. (5)

La corrupción de las voces latinas, al ser romanceadas, se ha verificado bajo los conceptos siguientes:

(1) Adviértase que todas estas voces están tomadas de los ablativos de su respectiva declinación, por más que, para que se conozca con más claridad su derivación latina, consignamos su correspondencia en nominativo.

(2) Todos estos vocablos y otros varios han romanceado la radical *e* en *ie* en el lenguaje castellano; véase nuestro tratado titulado: "Estudio clásico sobre el análisis de la lengua española", pág. XXXI.

(3) Por más que en gallego permanecen incorruptos estos vocablos; sin embargo en castellano han romanceado la *o* radical en *ue*, como: de corvo, *cuervo*; de fons, *fiente*, etc.

(4) Estas y otras voces han romanceado la *j* en *h*, al pasar al castellano.

(5) Indisputablemente la lengua gallega es la que más voces incorruptas conserva de todos los idiomas romanceados.

- 1.º Por *supresión*.
- 2.º Por *permutación*.
- 3.º Por *adición*.

DE LAS VOCALES

- 1.º Por *supresión*:

El diptongo *au* convertido en *o*, como: de *auricula*, *orella*; de *caulis*, *col*; de *pauper*, *pobre*. (1)

- 2.º Por *permutación*:

El diptongo *au* en *ou*, como: de *aurum*, *ouro*; de *maurus*, *mouro*; de *pauci*, *pouco*; de *raucus*, *rouco*; de *taurus*, *touro*; de *thesaurus*, *tesouro*.

Mudando la *i* en *e*; de *inimicus*, *enemigo*; de *pilus*, *pelo*; de *pírurum*, *pera*; de *sigillum*, *sello*.

Cambiando la *u* en *o*, como: de *musca*, *mosca*; de *pulvis*, *pólvo*, etc.

La sílaba *ac* y *ec* en *ei*; como: de *colectus* *colleito*; de *factum*, *feito*; de *lac* (*lacte*), *leite*; de *lectum*, *leito*; de *pectum*, *peito*. (2)

“Lo mismo se romanceó la *a* seguida de *s* ó *x*, como: de *caseum*, *queijo*; de *cerasum*, *cereiça*; de *fax*, *feije*; de *saxum*, *seijo*.”

La *uc* en *oi*, como: de *lucta*, *loita*; de *fructus*, *froita*; de *tructa*, *troita* ó *truíta*.

- 3.º Por *adición*:

Muchos sustantivos y adjetivos cambiaron la *a* radical en *ei*, como: de *estercorarium*, *esterqueiro*; de *ferrarius*, *ferrero*; de *gallinarium*, *galineiro*; de *palarium*, *palleiro*; de *tabernarius*, *taberneiro*. (3)

(1) Por trasposición de consonantes, (*metátesis*.)

(2) Es indudable que el idioma gallego posee un cuantioso número de palabras más blandas y suaves que en las lenguas latina y castellana; véase sinó el vivo contraste y diferencia que se nota en la pronunciación de las siguientes: *factum*, *hecho*, *feito*; *lectum*, *lecho*, *leito*; *multum*, *mucho*, *muíto*; *pectus*, *pecho*, *peito*, etc.; dirán algunos que las primeras son más enérgicas; pero nosotros opinamos que el mejor medio de persuadir es la dulzura, pues el Supremo Hacedor concedió al hombre el don de la palabra, á fin de que con él pudiera estrechar los vínculos de fraternidad, protección y amparo mútuo entre los individuos de la sociedad humana, y no para que, á imitación de Caín, nos hiciésemos entender de nuestros hermanos á *palo* ó *puño seco*, ó con *tizona* y *navaja* en ristre.

(3) Todos éstos terminan en *ero* en la lengua castellana.

DE LAS CONSONANTES

De la misma manera se verificó la corrupción en las consonantes.

1.º Por *supresión*:

Las *cc* en *c*, como: de *flaccidus*, fraco; de *bucca*, boca; de *peccatum*, pecado; de *siccus*, seco; de *vacca*, vaca. (1)

Las *ct* en *t*, v. g.: de *mactare*, matar; de *tractare*, tratar.

Las *dd* en *d*, como: de *addivinare*, adiviñar.

Las *ff* en *f*, v. g.: de *affectus*, afecto; de *afflictio*, aflicción; de *differentia*, diferente; de *sufferre*, sufrir.

Las *pp* en *p*, como: de *apparare*, aparellar; de *appellare*, apelar; de *cippus*, cepo; de *supplicare*, suplicar; de *supplicium*, suplicio; de *supponere*, suponer. (2)

Las *ss* en *s*, v. g.: de *confessio*, confesión; de *assatus*, asado; de *assiduitas*, asiduidad ó asiduidade.

Las *tt* en *t*, como: de *cattus*, gato; de *gutta*, gota; de *littera*, letra; de *sagitta*, saeta.

En la elaboración de la nueva lengua se han suprimido muchas consonantes que se hallaban entre vocales, dando lugar á la colisión de éstas contra la proporción ordenada de vocales y consonantes, como: de *audire*, oír; de *cadere*, cair; de *crudelitas*, crueza: de *pede*, pe.

Suprimiendo la *g*: de *legere*, ler; de *magis*, mais; de *magister*, mestreo; de *sigillum*, sello.

Muchos sustantivos y adjetivos terminados en *nus* han perdido la *n*, verificando la terminación gallega en *eo*, verbi gracia: de *alienus*, alleo; de *plenus*, cheo; de *sinus*, seo.

Muy parecida á la anterior es la terminación *eu*, con que se han romanceado los pronombres *ego*, *meus*, *tuus*, *suus*, los cuales se convirtieron en *eu*, *meu*, *teu*, *seu*, á pesar de que carecen de la *n* en su origen.

Muchos se han romanceado, perdiendo sus terminacio-

(1) Los gallegos apenas conservamos un solo vocablo, en que exista el áspero sonido de las *cc*; sin embargo, los portugueses observan tan á lo vivo las reglas de etimología, que, por no infringirlas, conservan incorruptas muchas palabras con las dos *cc*, según las heredaron de la lengua madre.

(2) La mayoría de estas palabras son compuestas de las preposiciones *ab*, *ob*, *sub*, y al ser romanceadas al gallego, con el fin de hacer más viable la pronunciación, han perdido la *p* primera equivalente á la *b* de la preposición; sin embargo los portugueses, como más etimologistas, la conservan en la mayoría de los casos.

nes, y permaneciendo incorruptas sus radicales, como: de *bene*, ben; de *bonus*, bon; de *calis*, cal; de *collis*, col; de *follis*, fol; de *manus*, man; de *mollis*, mol; de *panis*, pan; de *sonitus*, son; de *tenet*, ten; de *tonis*, ton; de *venit*, ven.

2.º Por *permutación*:

Cambió el sonido áspero de la *c* por el suave de la *g*, como: de *clericus*, crego; de *eclesia*, eigreja; de *figus*, figo; de *inimicus*, enemigo; de *locus*, lugar; de *locusta*, lagosta; de *triticum*, trigo. (1)

Cambió igualmente la *gn*, *ng* y *mn* en *ñ*, v. g.: de *damnum*, daño; de *prægnans*, preña; de *pugnus*, puño, de *signum*, señal.

La *l* mudada en *ll*, como: de *alienus*, alleo; de *allium*, allo; de *consilium*, consello; de *cuniculus*, coello, (2) de *filius*, fillo; de *millium*, millo; de *mulier*, muller; de *oculus*, ollo; de *palea*, palla; de *pediculus*, piollo; de *speculum*, espello; de *tegula*, tella.

Cambiando la *l* en *r*, cuando va después de las letras *b*, *f*, *p*, *c*, v. g.: de *Blasius*, Brax; de *blandus*, brando; de *clarus*, craro; de *flaccidus*, fraco; de *obligare*, obrigar; de *simplex*, simpre; de *suplere*, suprir. (3)

La *n* en *ñ* de muchos adjetivos terminados en *inus*, *ina*, *inum*, como: de *culina*, cociña; de *farina*, fariña; de *gallina*, galiña; de *linum*, liño; de *marinus*, mariño; de *molendinum*, muíño; de *sardinia*, sardiña; de *spina*, espiña; de *vicinus*, viciniño, de *vinum*, viño. (4)

La *p* convertida en *b*, por ser sonido más suave, v. g.: de *apertus*, aberto; de *capillus*, cabelo; de *caput*, cabeza; de *cu-*

(1) La *g* es una letra muda y de pronunciación gutural; tiene dos distintas pronunciaciones, como sucede á la *c* con las sílabas *a*, *o*, *u*, dicha pronunciación gutural es blanda y suave según se observa en: *gala*, *gola*, *gula*, pero la de la *c* con las mismas vocales es fuerte, como se nota en: *capa*, *copo*, *cupo*, y como en dichos casos ambas consonantes son muy afines en su pronunciación, á causa de articularse en el mismo paraje del aparato vocal, de aquí que, al verificarse el romanceo de las voces anteriormente consignadas, se ha preferido el blando sonido de la *g* al perenciente de la *c*.

(2) En los Dicionarios de los señores Cuveiro y Valladares se encuentra la palabra *coello*, así como también *conejo* con *x*, como la escribe el primero, y con *j*, según la apunta el segundo; opinamos que esta voz en ambos casos es un castellanismo de mal género, pues de no ser así, pudiéramos decir también: *espello*, ó *espejo*; *tella*, ó *t-xa*, y así otras de la misma índole, convirtiendo la *j* castellana al sonido de la *j* ó *x* gallega, lo cual no se puede hacer en todos los casos, á no ser que faltemos á la pureza de la dicción.

(3) La lengua gallega rehuye á todo trance el áspero martilleo de la *l*, cuando va herida de las letras mudas anotadas en la regla anterior, sustituyéndola por la *r* en unos casos y en otras convierte la *pl* en *ch* según se verá más adelante.

(4) Hay otros que, sin ser de origen latino, terminan de la misma manera, como: *touciño*, *morriña*, *fuciño*, así como también todos los diminutivos, v. g.: *filliño*, *neniño*, etc.; qué idilio de ternura no encierra en sí la simple pronunciación de las anteriores palabras!

pertus, cuberto; de *cupiditas*, cobiza; de *Episcopus*, Obispo; de *lepus*, lebre; de *lupus*, lobo; de *rapere*, roubar; de *recipere*, recibir; de *ripa*, ríba; de *sapiens*, sabio; de *super*, sobre; de *superbia*, soberbia. (1)

La *pl* en *ch*, como: de *planus*, *chan*; de *plenus*, *cheo*; de *pluvia*, *chuvia*. (2)

Los terminados en *er* mudaron su terminación en *re* ó *ro*, v. g.: de *aer*, *aire*, de *inter*, *entre*; de *liber*, *libro*; de *semper*, *sempre*; de *silvester*, *silvestre*; de *uber*, *ubre*. (3)

La *t* en *d*, como: de *aratrum*, *arado*; de *catena*, *cadea*; de *debita*, *deuda*; de *latro*, *ladra*; de *moneta*, *moeda*; de *metus*, *medo*; de *sis*, *sede* (*sed*); de *vita*, *vida*. (4)

Los terminados en *tas* (nominativo) cambian la terminación en *ade*, ó más bien la *t* final del ablativo en *d*, v. g.: de *amabilitas*, *amabilidade*; de *bonitas*, *bondade*; de *humilitas*, *humildade*; de *tempestas*, *tempestade*.

Igualmente cambian la *t* en *d* los acabados en *atus*, *ata*, *atum*, como: de *amatus*, *amado*; de *crematus*, *queimado*; de *lavatus*, *lavado*.

También los terminados en *itus*, *ita*, *itum*, v. gr.: de *anditus*, *oído*; de *domitus*, *domeado*; de *molitus*, *molido*; de *paritus*, *parido*; de *plicitus*, *pregado*.

Mudan, finalmente, la *t* en *d* los acabados en *or*, como: de *factor*, *facedor*. (1)

3.º Por aumento y supresión:

La *s* líquida de las palabras latinas, al pasar al gallego, se suprimió ó tomó antes de sí una *e*, v. g.: de *sciencia*, *cencia*;

(1) La *b* y la *d* tienen entre sí una afinidad muy íntima, porque se pronuncian ambas en el mismo paraje del órgano vocal, y producen un sonido muy semejante; son labiales las dos; pero la *b* se pronuncia, juntando los labios y dejando deslizar el aire suavemente por entre los mismos; mas la *p* se pronuncia uniendo también los labios y al hacer la presión interior se separan bruscamente, de manera que el sonido de la *b* es más suave y prolongado que el de la *p*, cuya dureza hemos tratado de suavizar los gallegos, sustituyéndola por la *b*.

(2) Véase la nota 1.ª de la pág. 270.

(3) La terminación áspera de la *r* se ha suavizado en el romanceo, añadiendo á continuación de la misma una vocal.

(4) Entre la *d* y la *t* hay también grande afinidad; mas, para observarla mejor, explicaremos cómo se verifica la pronunciación de la *c*, de la *d* y de la *t*, que, por ser dentales las tres, algunos han confundido su pronunciación: la primera se pronuncia colocando la lengua en el borde de los dientes superiores, haciendo deslizar el aire suavemente, y separando la lengua al terminar la emisión. La *d* y la *t* se pronuncian casi de la misma manera, colocando la lengua, no en el borde de los dientes, sino en la parte interior; pero, al hacer la emisión, en la pronunciación de la primera se separa la lengua suavemente, mientras que en la de la *t* se verifica dicha emisión con más fuerza, separando la lengua de una manera rápida, de tal suerte que el sonido de la *d* es más dulce y suave que el de la *t*, y por eso la ha preferido, no solo la lengua gallega, sino también la castellana.

(1) Pocas son las voces que se encuentran con esta desinencia, á causa del horror que el gallego tiene á las voces terminadas en *r*.

de *scintilla*, centella; de *spes*, *esperancia*; de *spiritus*, *esprito*.

Finalmente; se han romanceado muchísimas palabras, además de los conceptos indicados, cambiando su género.

1.º Los nombres *neutros* pasaron en su mayor parte al género *masculino*, como: de *templum*, *o templo*, de *delictum*, *o delito*; de *ingenium*, *o ingenio*; de *animal*, *o animal* y otros muchos.

2.º Otros, siendo igualmente *neutros*, han pasado al género *femenino*, v. g.: de *festum*, *a festa*; de *gummi*, *a goma*; de *nihil*, *a nada*.

3.º Otros se convirtieron del *masculino* al *femenino*, como: de *lepus*, *a lebre*; de *paries*, *a parede*; de *flos*, *a fror*.

4.º Algunos, aunque pocos, pasaron del género *femenino* al *masculino*, v. g.: de *arbos*, *o albre*; de *origo*, *o orige*.

5.º Por último hay nombres que, teniendo un solo género en la lengua madre, pueden aplicarse en el gallego al *masculino* ó al *femenino*, como: de *dos*, *o dote* ó *a dote*; de *mare*, *o mar* ó *a mar* y otros.

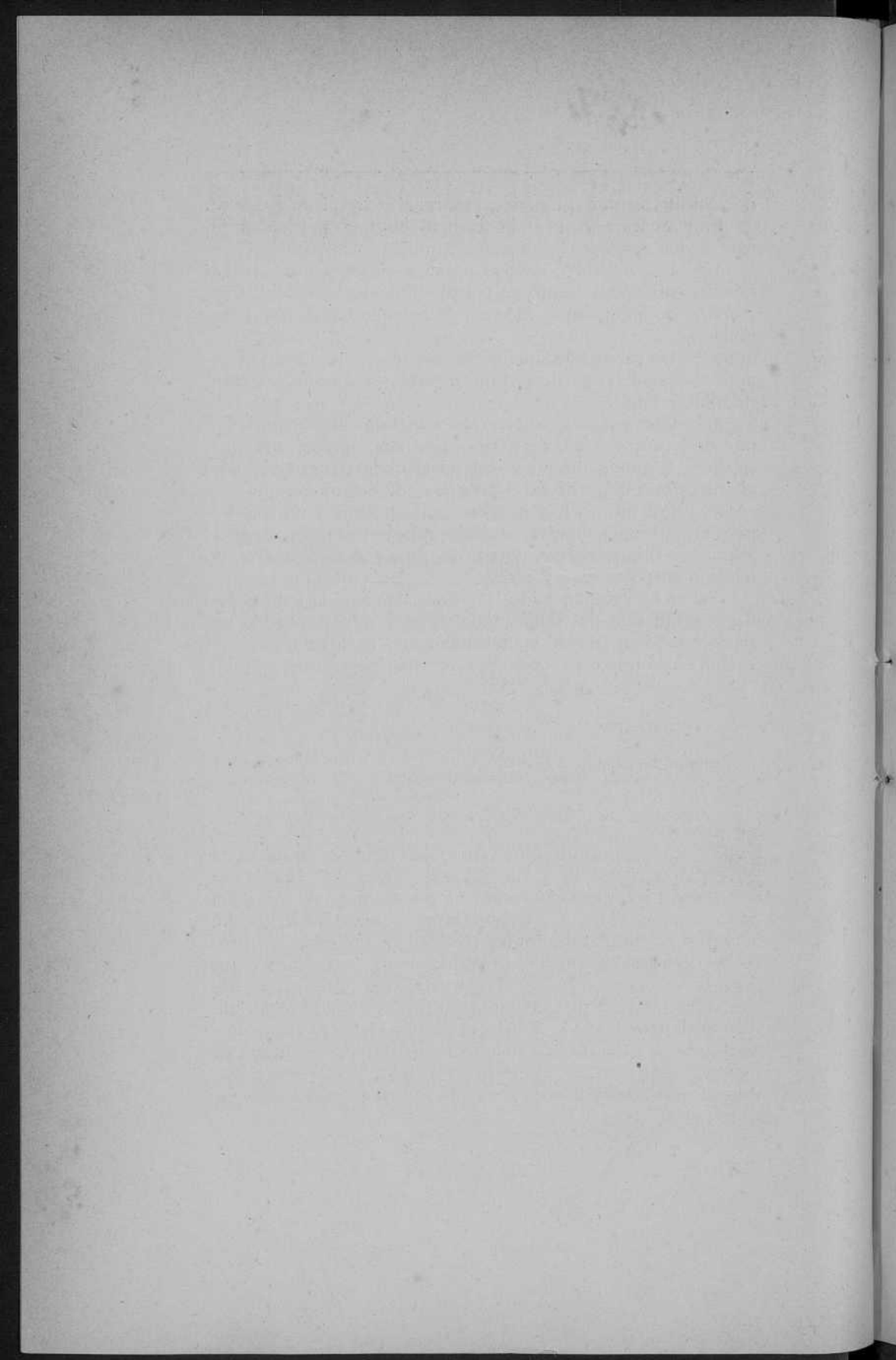
Así se han romanceado las voces latinas á la lengua gallega, y tan sólo nos falta emitir algunas reglas sobre la variación que han sufrido las terminaciones de los tiempos del verbo, cuyo trabajo será objeto de otra disertación.

MANUEL R. RODRÍGUEZ.

(Continuará.)

Santiago, Septiembre, 23 de 1892.







LOS ESTUDIOS ETNOLÓGICOS

EN SUS RELACIONES CON LA FE CATÓLICA (1)

(CONTINUACIÓN)

CRONOLOGÍA INDIA

QUE el estudio de esta parte del Oriente es nuevo, á nadie se oculta; y sus riquezas literarias é históricas débense á los ingleses, y merced á los trabajos de William Jones, Colebrooke y H. Wilson, la incredulidad se despachó á su gusto, explotando contra la fe la astronomía, la historia y la literatura. Bailly, estima que unos 3500 años antes de J. C. ya eran los Indios nación civilizada; y cree que mucho antes poseían algunas tablas astronómicas. Pero los sabios Delambre y la Place, Klaproth, Lassen, y Weber, afirman que ese saber astronómico de los Indios se funda en experimentos posteriores al gran Macedonio. Según Bentley, el "Surga Siddhanta", libro científico al cual atribuye-

(1) Véanse los números 3.º y 4.º

ron los Brahmanes una antigüedad de millones de años, no pasa de unos siete ú ochocientos años, y que "el punto de partida de las observaciones astronómicas, que contiene, no es anterior al siglo segundo antes de J. C., (1)—El mismo Bentley ha probado que la leyenda de *Krishna*, que se miraba como fuente de donde se había tomado la historia de Jesucristo, no va más allá del siglo séptimo de la era cristiana.

Si la astronomía de los Indios ofrece, como se ve, tales errores cronológicos, su Historia no merece tampoco mayor fe. Véase lo que con tal motivo escribe el Abate Cauly en su obra "Religion et Catholicisme au XIX^e Siècle., tomo II, "Apologetique Chretienne.,: "Admíranse de que la Biblia atribuya hasta 900 años de vida á ciertos patriarcas; los Indios otorgan á sus primeros reyes una longevidad de doce docenas de siglos. El más formal de sus analistas, que escribió hacia 1200 la crónica de *Kachemir*, hace vivir trescientos años á un rey anterior á él tan sólo algunos siglos. ¿Qué confianza hemos de otorgar á su cronología? Klaproth acierta apenas en fijar sus comienzos en el siglo XII; y, por otra parte, Lassen pone entre 2000 y 1500 años antes de J. C. el origen de los gobiernos de las orillas del Ganjes; es entrar en el orden bíblico, que pone á veinte siglos antes de J. C. la fundación de los más antiguos imperios.,

Que en materia cronológica han delirado los Indios, al tratar de establecer el cómputo de sus orígenes, se ve por los siguientes datos, que el Abate Thomas consigna en su obra ya citada. "Las cuatro edades en las cuales los Indios..... distribuyen la duración del mundo, comprenden: la primera, Satya Youga, mil setecientos veintiocho mil años; la segunda, Treta Youga, mil doscientos noventa y seis mil; la tercera, Drepara Youga, ochocientos sesenta y cuatro mil; la cuarta, Káli Youga, que dura todavía y es la única que ofrece carácter histórico, cuatro mil ochocientos treinta y ocho años. Reunidas estas edades, no forman mas que la tercera parte de un día de Brahma; pues bien; un año de Brahma equivale á 31,2053,640,1000,000 de años de los nuestros. Se ha tratado de reducir las tres primeras edades á proporciones menos inverosímiles; dejemos en lo que vale ese monstruoso amontonamiento de siglos, en el cual los mismos cálculos astronómicos nada tienen que ver.,

Vengamos al examen de la antigüedad, igualmente exa-

(1) V. Ab. Thomas, "Les Temps Primitifs, T. I.

gerada, de la literatura sagrada de la India. Los *Vedas*, que se tenían por más antiguos que el Pentateuco, resultan, según Colebrooke y otros críticos dignos de respeto, posteriores en dos siglos á los libros de Moisés. Las leyes de Manú son menos antiguas que los *Vedas*, citados en ellas, y no pasan del siglo X ú XI antes de J. C. El Ehour-Veidan se creyó anterior á la expedición de Alejandro, y según Sir Alejandro Johnson, que lo halló en Pondicheri, resulta que es obra de un jesuita, Roberto de Nobilibus, sobrino del cardenal Belarmino, que lo escribió en el año de 1621, con objeto de convertir á los Indios.

CRONOLOGÍA CHINA

Si hubiésemos de aceptar los datos que los sabios de ese extraño país nos ofrecen, resultaría que sus instituciones alcanzan á 3.1276,000 años, antes de J. C.—Confucio es el más antiguo historiador de la China; los anales de su patria (Chou-Kings) comprenden desde la era del emperador Yao, hasta su tiempo, 2557 años.—Ahora bien; Klaproth y Lassen, no conceden valor histórico á las crónicas de la China, anteriores al siglo VIII antes de la era cristiana. Abel de Remusat, extiende el periodo hasta el 2637 antes de Jesucristo; “pero, dice el Abate Cauly, en su citada obra, aparte de que esta opinión no chocaría con la Biblia y la cronología de los Setenta, es forzoso reconocer que los trabajos de los más modernos sinólogos no ofrecen la misma conclusión tan favorable á los Chinos.

“En resumen; el Celeste Imperio comienza á tener historia cuando ya la literatura hebraica declinaba.” Y termina con estas palabras del Cardenal Wiseman: “En materia de ciencia histórica, los Japoneses no son mas que copistas de los Chinos.”

El abate Thomás consigna las apreciaciones del P. Martín, del P. Gaubil, de M. Hervey Saint Denis, y de J. B. Biot; no se ve que ninguno de ellos vaya más lejos que el P. Gaubil en asignar el comienzo de la Historia China; (3468 antes de J. C.) y dice: “M. Legge, traductor del Chou-Kings, conforme con el P. Gaubil, pone igualmente el reino de Yao en el siglo XXIV antes de J. C., confesando que más allá sólo hay tinieblas, no obstante las pretensiones contra-

rias de los analistas chinos. Sin embargo, advierte M. Sigismundo de Fries, (*Abris der Geschichts China's.....*) estas fechas, para épocas tan lejanas, no pueden considerarse mas que como juicios aproximados; es preciso venir al año 775 antes de J. C. si se quiere hallar un primer punto fijo para un estudio cronológico comparado.,,

El mismo autor, Tomás, examina la cuestión referente á la cronología Caldea. Y del examen que hace, registrando la historia, los monumentos, las inscripciones cuneiformes, deduce que todas las cifras cronológicas, que resultan, nada ofrecen que se oponga á la crónica de los Setenta. Y en cuanto á la dificultad que pudiera surgir de la inscripción hallada en el cilindro de Nabónides, encontrado en Abbou-Abba, por M. Hormuzd Rassam, y que se guarda en el Museo Británico, el mayor inconveniente que produciría, fuera tener que retrasar, algunos siglos, la fecha del Diluvio, lo cual no importa nada, para dejar á salvo la autoridad de la Biblia; pero á esto se añaden algunas consideraciones críticas, sobre el valor de los documentos históricos babilónicos, que quitan alguna fuerza á la dificultad, y obligan á no fiarse ciegamente de tales testimonios históricos.

EMILIO A. VILLELGA.

(Continuará.)





UNA FIESTA EN NOYA, EN 1812 (1)

(Continuación.)

DELANTE de la casa Consistorial, que se halla en la plaza, que, de aquí adelante, se llamará plaza de la Constitución, se formó una perspectiva de orden compuesto, la cual tenía por objeto el ser, como ha sido, perfectamente iluminada: así que toda ella era de graciosos recalados, (menos el cuerpo rústico, como se dirá) los cuales, con los diversos colores que se les han dado, presentaban una iluminación brillante y del mejor gusto; al mismo tiempo que de día formaba un cuerpo de arquitectura con todas sus partes. El cuerpo rústico de esta perspectiva estaba cubierto de sarazas de buen gusto frangeadas y entre pañadas con otras de distintos y proporcionados colores; de modo que resultaba completamente su iluminación. Sobre este cuerpo rústico estaba una banca con varios trofeos de guerra, dibujados y recalados, y sobre esta banca se apoyaban cuatro columnas hermosas de orden compuesto, estriadas y pintadas de gracio-

(1) Véanse los números 2.º, 3.º y 4.º

sos colores, que también eran iluminadas. En los intercolumnios estaban pintados cuatro Personajes y Generales famosos de nuestra revolución. El noble lord Wellington y el Excmo. Sr. Duque del Infantado ocupaban el centro, y los costados los Exmos. Sres. D. Francisco Xavier Castaños y D. Pedro Caro, Marqués de la Romana, que, aunque ha muerto, vive siempre en nuestra memoria: á cada uno se le puso con sus insignias y cruces; siendo esta acaso la primera función pública en que apareció el Ilustre Sr. Duque de Ciudad Rodrigo adornado con el Toison de oro, y la gran Cruz ó venera del Orden militar nacional de San Fernando. Al pie de cada uno se puso un terceto, que se recaló é iluminó; y todos en línea formaban una visual hermosísima é interesante.

AL NOBLE LORD

— — —

El vencedor de cuatro Mariscales,
El genio tutelar de toda España,
Y el nuevo Fábio de la Gran Bretaña.

AL SEÑOR DUQUE DEL INFANTADO

— — —

Seguí la triste suerte de Fernando;
Cautivo le ví en Francia; más dejarle
Forzoso fué, para mas bien salvarle.

AL SEÑOR CASTAÑOS

— — —

Venció en Baylén, cedió en la Albuera el triunfo,
Y hoy de gloria se colma en publicarnos
La gran Constitución que ha de salvarnos.

AL SEÑOR MARQUÉS DE LA ROMANA

— — —

En los helados climas del mar Cimbrio
De España oí la voz muy afligida;
Volé á mi pátria; por ella dí la vida.

Ocupaba el medio de ésta hermosa perspectiva un círculo de cristales, que daban mucho resalte á la iluminación, y en su centro se dibujó é iluminó el Libro de la Constitución con la expresión de su título, apoyado en dos mundos sobre un trono, con un lema latino que decía: *Huic uni omnia*. Y más abajo se dibujó, recaló é iluminó también una Palma con una cadena que desde algunas de sus hojas, venía al trono, á pesar de la cual, crecía y se ostentaba grande; tenía por orla este lema latino: *Adversus pondera surgo*. Y debajo el terceto siguiente:

Ciudadano español, eres ya libre;
Y Fernando, el cautivo y deseado,
Tu Rey y Padre á un tiempo, es aclamado.

La cornisa, que abrazaba las cuatro columnas, tenía su arquitrave compuesto de varios adornos en sus molduras que, recaladas y pintadas con distintos colores, graciosamente explicaban el todo. En el friso se han puesto arabescos, metopas y festones que á trechos hacían entre paños bellamente dispuestos. Y todo ello recalado con sus colores respectivos en cada una de sus partes, formaba una vista la más agradable. Seguía la cornisa del mismo orden compuesto, habiéndosele recalado espinacas, obolos y contados que se demostraban con aire. Coronaba esta obra un frontón triangular que en medio de su tímpano presentaba las armas de esta Villa. Todos estos recalados, dibujos y pinturas fueron desempeñados por sujetos del mismo Pueblo (1) bajo el plan principal.

En esta plaza de la Constitución se formó también un palco para la publicación y estar la Justicia y Ayuntamiento, que se colgó enteramente de damasco de seda carmesí, y tenía un dosel franjeado de plata, y en el centro del respaldo se hallaba un sol bordado de oro. Así este como los demás palcos que se hicieron y sirvieron para la publicación, tenían sus alfombras correspondientes con sus almohadones á la entrada, lo mismo que se verificó en el templo. Y por separado había en dicha plaza otro palco para la música.

Desde la perspectiva de Consistorio íbase derechamente al Templo; y desde este se salía á una arboleda que se planteó de propósito y ocupaba la calle de la Carreirinha ó Cuncheiros: de árbol á árbol se formó un arco enramado con flores graciosas del campo y de él por la parte de abajo pen-

(1) El referido profesor Salcedo, y el aficionado D. José Romero de Mier.

dían faroles de iluminación, pintados de diversos colores; todo lo cual hacía una vista deliciosa y un sitio de recreo de día y de noche. En el lugar más eminente de esta arboleda y en lo más público y concurrido de la Villa, como que allí se halla su entrada ó puerta principal, se erigió una alta columna de orden dórico, compuesto estriada, que tenía de elevación veinte y cuatro cuartas, para que sirviese de monumento de honor y respecto á los sabios Diputados del Congreso Nacional; por remate de la cual se puso un Génio, que ofrecía una corona de oliva á un grupo de libros, símbolo de la sabiduría, y otra corona á una mano que se quemaba tranquilamente en un brasero, símbolo de la constancia. Estaba perfectamente iluminada por adentro esta columna, y en ella se leía el lema y terceto siguientes:

Præmium Virtutis.

A los Ilustres Padres de la Patria,
Al mérito inmortal; á su alta gloria,
Consagra la Nación esta memoria.

Al venir del templo y entrar por la Alameda, se presentaba tan respetable esta hermosa columna, como si fuera un obelisco de los más famosos de Roma. Cerca de ella se hizo otro palco para la publicación de la Constitución y estancia del cuerpo de la Justicia y Ayuntamiento, el cual se decoró con dosel y cortinaje de damasco de seda encarnado. De modo, que, desde la casa Consistorial hasta la principal entrada del pueblo, donde se cruzan sus mejores calles, y cerca de la cual hay también una fuente y un campo hermoso, había objetos que ver y meditar.

P. L. G.

MARTÍN SALA.

(Continuará.)





EL MARQUÉS DE PONTEJOS (1)

En breve se inaugurarán en Madrid dos nuevas estatuas en honor de los ilustres personajes, cuyos nombres recuerdan la erección de dos benéficos establecimientos. Conságrase una de ellas á la memoria de "Piquer,,", fundador del Monte de Piedad. La otra se erige al "Marqués de Pontejos,,", á quien se debe la fundación de la Caja de Ahorros, unida actualmente al Monte y funcionando bajo una sola dirección y administración, que responde mejor á los fines de ambos institutos.

El Presbítero D. Francisco Piquer tiene historia bien conocida para cuantos siguen con interés los progresos del Monte de Madrid y de las fundaciones análogas, que se van extendiendo en España, tomando por modelo la del modesto Capellán de las Descalzas Reales.—El personaje conocido por el "Marqués de Pontejos,,", Alcalde Corregidor que fué

(1) Por falta de espacio, no pudimos insertar estas notas biográficas en el número anterior de esta *Revista*. Las estatuas, que se mencionan, fueron descubiertas en la mañana del 12 de Octubre último. La de Pontejos le representa en pie, sujetando con la mano derecha un libro, que quiere significar los proyectos de la Caja de Ahorros; y el bastón de autoridad: al lado izquierdo se ven varios atributos del trabajo manual, y la alcancía, que simboliza el ahorro.—*N. del E.*

de Madrid é iniciador de importantes mejoras en el ornato de la capital de la Monarquía, es hijo de Galicia y merece, por tanto, algunas líneas de grato recuerdo, en esta Revista.

D. Joaquín Vizcaíno y Martínez Valdés, nació en la Coruña el 21 de Agosto de 1790, y fué bautizado, el día siguiente, en la Iglesia parroquial de Santiago, según la partida que tenemos á la vista. Su padre, D. Vicente Vizcaíno Pérez, era á la sazón Fiscal de S. M. en esta Audiencia.

Los primeros años de su juventud, los consagró al servicio de las armas, que dejó, siendo Capitán, al trasladarse á Madrid en 1817, en donde contrajo matrimonio con la Marquesa de Casa-Pontejos, fallecida pocos años más tarde. Su marido usó desde entonces el título de Marqués viudo de Casa-Pontejos, ó sea de Pontejos, como generalmente se le designa. En la actualidad lleva este título la Marquesa de Miraflores.

Se distinguió D. Joaquín Vizcaíno por sus ideas liberales, figurando como comandante de escuadrón en la Milicia nacional de Caballería de Madrid, durante la época Constitucional de 1820 á 1823. La reacción política le obligó á emigrar al extranjero, de donde regresó al ser llamado nuevamente al poder el partido liberal, que le confirió el cargo de Corregidor de la coronada villa, en Septiembre de 1834.

Era senador por la Coruña, cuando en 9 de Septiembre de 1838 fué nombrado Jefe político de Madrid, investidura que renunció, por motivos puramente personales, al mes siguiente. Bajó al sepulcro en 30 de Septiembre de 1840, rigiendo otros hombres y otras ideas los destinos de la nación, en edad de poder dedicarse todavía á nuevas tareas tan útiles para la humanidad, como las que realizó al frente del corregimiento en las difíciles circunstancias en que fué llamado á desempeñarlo.

La plaza y fuente de su nombre perpetúa en Madrid el recuerdo de este preclaro coruñés, como celosa autoridad administrativa. La estatua en bronce que ahora se le dedica, frente al edificio que ocupa la Caja de Ahorros, recordará al fundador de la primera institución de este género, que se creó en España y que empezó á funcionar en 19 de Febrero de 1839, adquiriendo en poco tiempo, unida al Monte de Piedad, la alta significación que hoy tienen ambas fundaciones benéficas.

JOSÉ MURO CARVAJAL.

Madrid, Septiembre de 1892.



EL ÚLTIMO PAPEL ⁽¹⁾

ZARZUELA CÓMICA EN UN ACTO, PROSA Y VERSO,

ORIGINAL DE

M. CURROS ENRIQUEZ

(Continuación.)

ESCENA 7.^a

D. JULIÁN.—D. JACINTO.—ROSA.

ROSA (á D. Julián) Señor, la señorita, que ha salido
á la calle, hace un rato, me encargó le entregase
á V. esta carta.

JULIÁN. ¡A la calle! ¡y sola! ¿y tú has consentido?

(1) Véanse los números 3.º y 4.º

ROSA. No quiso que la acompañase, por más que le dije.

JULIÁN. A ver! Ha de ser de la modista, como si lo viera! (*Leyendo en voz baja.*) "Querido papá: siento darte un disgusto, pero era inevitable. Hace un año que tengo relaciones con un joven, á quien conoces mucho, y comprendiendo que tú no le darías nunca mi mano, he preferido callar, á disgustarte. Hoy ese joven, á quien adoro, me hace elegir entre matarse, sepultándose en la cabeza una bala de revólver, ó huir con él donde tu perdón y el altar santifiquen nuestros amores. Perdóname, papá; te abraza tu hija, ANITA." (*Aterrado*) ¡Ah infame! (*A D. Jacinto*) Conque le era indiferente por completo, eh? Mira, mira la indiferencia. (*Le da á leer la carta, mientras se pone á pasear, furioso, por la habitación.*)

ESCENA 8.^a

DICHOS Y FRANCISCO DIRIGIÉNDOSE Á D. JACINTO.

FRANCISCO. Señor; el señorito Cárlos, que ha salido hace un rato, me ha entregado esta carta para V. (*Francisco y Rosa se quedan hablando, muy amartelados, junto á la puerta.*)

JULIÁN. ¿Qué? ¿Otra carta para tí?

JACINTO. (*Antes de leer la carta de Anita y de Cárlos.*) Sí; ha de ser del sastre; con seguridad. (*Lee rápidamente la carta de Anita, en silencio; luego, en voz baja, la de Cárlos, pintándose, á medida que lee, el asombro en su fisonomía.—D. Julián sigue preocupado paseando.*)

"Querido papá: siento darte un disgusto, pero no puedo evitarlo. Hace un año que tengo relaciones con una hermosa joven, á quien conoces mucho. Hoy esa joven, á quien idolatro, me hace elegir entre tomar una caja de fósforos disueltos, ó depositarla donde tu perdón y el altar, etcétera, etcétera, etcétera! Ni siquiera se molestaron en

cambiar de falsilla. ¡Ah mandria! Fiese V. del agua mansa! *(A Julián.)* Toma, toma! *(Le entrega las dos cartas. Julián guarda la suya y, mientras lee la de Jacinto, éste se pone á pasear furiosamente.)*
¡Qué insolencia!

JULIÁN. *(Devolviendo, después de leída, la carta á Jacinto y volviendo á sus paseos.)* ¡Qué picardía!

JACINTO. Esto no puede quedar así; es preciso proceder rigurosamente.

JULIÁN. Sí; detenerlos!

JACINTO. ¡Arrestarlos! Era poco meterlos en presidio!

JULIÁN. Sí, era poco! Pero de sistema celular, con las separaciones convenientes.

JACINTO. ¡Rosa! ¿Qué tiempo hará que se marchó la señorita?

JULIÁN. *(á Francisco)* ¿Qué tiempo hará que te dió la carta el señorito Carlos? *(Francisco y Rosa, embelados en hablar, no contestan. Jacinto y Julián se acercan á ellos, trayéndolos violentamente al proscenio.)*

JACINTO. ¿No has oído, estúpida? ¿Qué tiempo hace que salió Anita?

JULIÁN. ¿Qué tiempo hace que ha salido Carlos? Aquí hay un complot y vosotros lo sabeis.

ROSA. Hace un cuarto de hora.

FRANCISCO. Eso hará justamente, un cuarto de hora. Pero nosotros no sabemos nada. Yo por mi parte, juro...

ROSA. Pues yo por la mía, juro...

JULIÁN. ¡Está bien! pueden ustedes retirarse. Ya se averiguará todo y entonces!.....

JACINTO. ¡Oh! entonces.....

FRANCISCO. Por mí, averigüen ustedes cuanto quieran!
(Vanse Rosa y Francisco.)

(Continuará.)





A CRUZ DE SALGUEIRO (1)

III

ESTEBO, dendes que se soparou de Mingas, foise direito á casa d'o crego, e pidiulle cinco pesos, que lle prestou, non sin algunha resistencia, pra facer valer o favor; pero como xa outros anos ll'os prestara e sempre ll'os volvera acompañados d'algús regaliños, que facían supoñer un vinte por cen de rédetos, pol-o menos, non-o deixou ir sin eles.

C'os cinco pesos drento d'unha bolsa de coiro, que coidou de gardar ben segura, camiñouse pr'a casa, cabilando o rumbo qu'había de seguir ó outro día.

Pra Castilla ind'era cedo, e non tiña conocidos; n-a *Rioja*, tembraba atoparse con algunha d'as rapazas que deixara por aló engañadas, e determinouse ir á traballar á Bilbao. Así foi: dixô n'a casa, amañáronll'a carabela, preparáronll'a roupa mais percisa, e con todo ó lombo, metido n'un saquete, que colgaba d'a moca, salía, ó outro día ben cediño,

(1) Véanse los números 3.º y 4.º

car'a vila, pra tomal-o tren, pensando solamente en ganar ben cartos, pra volver á casarse con Mingas.

Chegou á Bilbao y-andivo esculcando por todas partes dónde houbese traballo, sin poder atopar colocaceón; foi ás minas, e os capataces non podían adimitilo, pois tiñan xente demais.

Agardou unhos quince días n'esta folga forzosa, qu'o desesperaba mais, tanto, que se ll'arrematab'o diñeiro, por moito que trataba d'aforralo, e inda graceas qu'algus días fora comer á casa d'algus paisanos, con quen atopara.

Como non tiña que facer, fois'á pasear pol-as aforas d'a ciudá, unha tarde, dempois de xantar n'unha taberna c'un pouco de pan e medea ducea de sardiñas fritas. Viu ó lonxe unha arboreda, coma si fora un souto, e camiñou car'alí, pra dormir a sesta.

Antes de chegar, atopou n-o camiño unha señora, moi ben portada, que lle preguntou si vira algunha nena. Respondeulle que non, y-a mesma remposta tivo que darlle despois á un señor y-a outras personas que, cheas d'ansea, lle fixeron a mesma pregunta.

Entroull'escozor por saber qué pasaría pra buscar tanta xente aquela nena, pero non s'estrebeu á perguntarl'ôs siñuritus nada. Pro detrás viu vir unha criada, cunha cesta n'a cabeza, que viña chorando, a que lle dixo qu'a nena que faltaba estaba de convidada con aquela familia, qu'era a d'o director d'as minas de carbón, e que dempois de comer, fora á rebrincar co-as demais nenas e, ó pouco tempo, naide soupo d'ela, nin poido atoparse en ningures, por mais que se fixo.

—Y-eso donde pasou?

—Fomos á comer de campo n-aquel souto. Ay! toda a festa se convirtiu en tristura, dixo a criada, limpando os ollos co-a punta d'o pano d'a cabeza.

—Pois eu vou car'alá.....

—Si a atopa por casualedá, levea á casa d'o señor, que non ha de perder o tempo.

Este último pensamento puxo alas n'os pes d'Estebo, e, n'un credo, púxose n-o souto. Non deixou balado que non correse, nin foca que non vise, nin cañota donde non metes'a cabeza.

No medeo d'o souto había unha casa vella, d'a que non quedaban mais qu'as paredes, sostidas pol-as edras que gañaban por elas arriba.

Solo lle quedaba aquilo por mirar, e votou cara alá.

Pero, ós poucos pasos, viu unha botella, codelos de pan-trigo, bastante grandes, arganas de peixes, cachos de buletís untados de grasa, e todal-as señas de qu'alí comeran aquelas xentes e de que non levaran ningún cadelo consigo.

Ergueu a botella d'o terreu, viu que choqueleaba algo drento d'ela, e probou, pra ver s'era viño ou auga, atopándose c'un viño como non ó bebera sinon n-o Ribeiro; pensou que fose viño de Amandi y-atopouse conque decía o letreiro viño de Bordeaux. Como non sabía ó que quería decir, non se parou noutra cousa mais que en mirar todol-os papés qu'havía emburullados, e n'un, atopou emboltas duas troitas enteiras e unha medeo comida por unha veira, que debeu deixar a criada olvidadas ó mesmo qu'as demais cousas.

Estonces Estebo sentouse na herba, escarranchou as pernas, puxo n'o medeo d'elas a botella, os anacos de pan y-as troitas e, facendo de mantel o papel, púxose á comer cachazudamente, deixando o asunto d'a pequena pra mais tarde.

Asina qu'arrematou, meteu a botella drento d'a faltri-queira, aínda c'un pouco de viño, e foi ver as ruínas d'a casa.

—¿Caería drento?—pensou. E decindo e facendo, puxo-s'á gatuñar pol'a parede, empolincouse n'ela, e puxos'á andar por enriba pra mirar por todol-os lados, pro cando quixo baixar por un lado qu'estaba mais desfeito, esborrallou-s'a parede co seu peso, baixo d'os pes, e caeu Estebo, rompend'a botella e vertendo tod'o viño, que levaba, pol-os calzós.

Deu ó demo á pequena y-á botella qu'ó romper, esgazarall'a chaqueta, e, sacando cacho por cacho d'o bolsillo, foi dereito á donde vira un pozo, por ver si tiña auga pra labar o calzón, antes que prendese mais a mancha.

Según s'iba acercando, sintiu chorar un neno, e puxos'á escoita, figurándoselle que aqueles berros salían d'o lao d'o pozo.

Non s'enganaba: n'o fondo do pozo que, por fortua, non era moi alto e tiña pouca auga, porque ó cegaran os rapaces con pedras, estaba unha nena que se desgañitaba chorando.

A alegría d'a nena cando viu aquel home desconocido n'a boca do pozo, non se pode escribir.

Levantou os seus braciños arriba e berrou:

—¡Sáqueme por Dios d'aquí!

Alargou os brazos Estebo, pero non chegaba.

Enton díxolle: agarda un pouco, nena, e non teñas medo.

Foise dereito á un castiro, esgazou como puido unha pola, que estaba gallada, chegous'o pozo co-ela, meteu as dúas gallas drento, e díxolle á nena:

—Séntate n'esas gallas e agárrate ben.

Tirou Estebo pol-a outra veira e sacou unha nena, roxiña e bonita coma un sol, pro que tiña a cabeza y-a cara manchadas de sangue.

—Miña xoya, lle dixo ó sacala, qué molladiña estás, e como te mancachel

—¿Trás algún pano d'os mocos?

—Sí señor.

—Pois damo.

Colleu o pano, qu'estaba pingando, estorceuno, e dempois de labarl'l'a sangue, aprastou n'as maus unha folla d'ameneiro, puxoa sobre d'a frida y-atouna c-o pano.

Sacoull'a roupa d'o lombo, e puxoa á enxugar ó sol, porqu'inda era cedo e quentaba d'abondo, e cubriuna co-a chaqueta, por mor do frío que sentía d'haber estado tanto tempo metida n-a auga.

Sentárons'entrambos á rayola, e perguntoull'á pequena cómo caera.

Como a reación escomenzaba, a nena batía dente con dente, pero como puido respondeulle d'este xeito:

—Estábamos todos xogando ô feito, y-a min figurouseme qu'o pozo non tiña auga e que podería sostirme nunha pedra grande, qu'estaba na boca, puxen os pes n'ela, esborrexin e caín, dempois non sei ó que pasou, porque se me barreu o sentido, e, cando espertei, atopeime toda mollada, y-unque había un bon anaco qu'esperaba berrando qu'alguen me oise, naide me veu á sacar, hastra que chegou vostede.

—¿Cómo te chamas?

—Marica.

—¿E teus país?

—Miña mai chámase Delores e meu pai non ó conocín, dixo Marica, poñéndose triste com'a noite.

—E tua mai que é?

—Ten unha tenda d'ultramarinos.

Chocoull'á Estebo qu'a filla d'unha tendeira fose á comer nada menos qu'á casa d'o director d'as minas, e cabilou

maliciosamente que por medeo d'a mai conseguiría mais que presentándose en persona ó señor.

Co-este pensamento, visteu de presa á Marica, puxeron-se entrambos en camiño, e dixoll'á nena que o guiase á casa de sua mai.

Pero, á porta de Bilbao, viu vir á criada d'a cesta, correndo cara á eles chorando de gozo, e, contra o deseo d'Estebo, levouna á casa d'o señor.

Contoulle pol-o camiño ó que pasara, e logo chegaron á unha casa moi bonita á catr'augas, rodeada d'un xardín, cerrado por unha reixa de ferro.

Abriu a porta a criada, atravesaron o xardín, namentras se sentían baixar precipitadamente pol-as escaleiras d'a casa vareas personas, y-entre elas, unha muller xoven e goapa, que s'adiantou correndo hacia a nena.

Colleuna, abrazouna, comeuna, coma quen dí, á bicos.

—Miña vidiña, dixo, ¿qué che pasou?

E reparando logo no pano, qu'ataba á cabeza dixo: ¡Fíridal ¿Quén te mancou?

—Pronto, decontado, chamar un médeco—¡miña filliña!

A criada largou correndo á catal'o médeco.

De pronto dixo a nena:

—Ese señor foi quen me sacou d'o pozo.

—¿Quén, ulo? dixo, mirando pro director, a muller e os fillos, qu'a rodeaban por compreto.

Estebo estaba ós poucos pasos, varado, sin saber que lle pasaba, pois a voz d'a mai de Marica firio-o n'o corazón.

Cando o señor lle mandou pasar a diante, non s'estrebia á moverse, tiña a cabeza baixa, mirando pr'a terra, e tivo que repetirl'á orde o director d'as minas.

Avanzou unhos pasos, e sacou o pucho.

Tan pronto o viu, Delores tirou un berro deloroso.

—Filla d'o meu corazón, dixo.

E deull'un esvaído.

JESÚS RODRÍGUEZ LÓPEZ.

(Continuará.)



THE
HISTORY
OF
THE
CITY
OF
NEW
YORK
FROM
1624
TO
1898

BY
JOHN
B. HOGAN
AND
JAMES
M. SMITH

NEW
YORK
PUBLISHED
BY
THE
CITY
OF
NEW
YORK
1898

THE
CITY
OF
NEW
YORK
PUBLISHED
BY
THE
CITY
OF
NEW
YORK
1898

THE
CITY
OF
NEW
YORK
PUBLISHED
BY
THE
CITY
OF
NEW
YORK
1898

THE
CITY
OF
NEW
YORK
PUBLISHED
BY
THE
CITY
OF
NEW
YORK
1898

THE
CITY
OF
NEW
YORK
PUBLISHED
BY
THE
CITY
OF
NEW
YORK
1898

THE
CITY
OF
NEW
YORK
PUBLISHED
BY
THE
CITY
OF
NEW
YORK
1898



CHOCHECES

A-o enxebre fillo de Galicia, D. Modesto Fernández e Gonzáles

II

AS ROMARÍAS

MAICHE cousas, Modestiño, que non teñen explicación. Unha d'elas é a maneira como se van perdendo as antigoas costumes, hastr'o punto de qu'as festas de máis arraigo d'a nosa terra, xa non son sombra d'ó que foron.

Inda me lembro de cando eu era neno e me levaban meus pais ó folión d'os Remedeos.

N-aquel tempo non s'aturaba co-a xente. Eran tantos os romeiros que viñan d'as provincias de Pontevedra, de Lugo e d'a Cruña, qu'inda parecía pequeno o campo que s'estende hastr'as orelas d'o Barbaña e bican as augoas d'o Miño, pra que se poidesen acougar tantos homes e mulleres.

Debaixo d'o Ponte Maor alcendían grandes fogatas e puñan á cocer os grandes caldeiros de pulpo; un pouquiño

máis lonxe erguíanse os alpendres de ramaxe e polas de carballo, pra vender o viño tinto d'o Riveiro; dend'o frente d'a Ermida formaban en duas longas ringuileiras, hastr'o campo d'o picadeiro, as fruteiras co-as cestas de peras verdeñas, de pavías, d'uvas e de sandías, y-as tendas d'as dulceiras co-as rosquillas de Ribadavia, os canastrillos de don Isidro, as empanidillas d'a señora Trinidá y-os merengues d'a Astorgana.

Algo máis arretirados estaban os establecementos d'a señora Ventura d'a calle d'a Groria, d'o Médeco d'a Rua d'os Fornos e d'outros taberneiros d'os máis anomeados, co-as ricas empanadas de polos e d'anguias, os picantes guisotes de callos y-as olas de pulpo ben arroupadas e porparado como Dio-lo manda. Y-exparexidos por eiquí e por alá, e por todol-os rincós, homes, nenos e mulleres asentados sobr'a herba, co-a cesta d'a cena n-o medeo, alumeándose con unha vela agarimada d'o vento c'un anaco de papel; todos ben contentos, maridos e mulleres, pais e fillos, mirando como estalaban os foguetes de remosquete e locían n-o aire as lamparillas de coores, e, c'un ollo pra enriba e outro pr'as talladas, corría de mau en mau a bota ben repreta d'o cheiroso viño d'a terrña.

N-aquel tempo ceaban todos n-o campo d'a festa, os señores ó mesmo qu'os artesanos, os probes com'os ricos, pois non deixaba d'alcontrarse un amigo que convidase, si non tínamos cartos pra votar un neto e comer unha tallada ou unha roda de merluza.

Y-as mozas y-os mozos bailaban a muiñeira; e de Reza, de Seixalbo, de Cudeiro, de Piñor, de Cabeza de Vaca e de Rairo e Santa Mariña d'o Monte baixaban homes e mulleres, con fachós de palla alcendidos, pol-as corredoiras, botando aturuxos e cantando as cántegas d'o país, que mesmo daba xénio velos e oílos, levando con eles esa legría d'a mocedá, que preto se vai pra non volver.

A lua brillaba esprendorosa n-o ceo, refrexando seus rayos de prata n-as augoas d'o río; y-as bombas riales daban a sinal d'a subida d'un grobo moi grande, como remate d'a festa d'aquela noite; a Ermida pechábase, dempois d'apagar os centos de velas qu'ardían n-o altar alumeando á Virxen; y-as xentes d'Ourense iban recollendo ó que lles sobrara d'a cea e marchando car'a vila; e marmulaba o Miño mansiñamente; rebulía o Barbaña; y-as gaitas, non por eso deixaban de soar, nin as mociñas d'as aldeas de bailar, nin os

mozos de troulear, botando de vez en cando un aturuxo ou un alalá; y-os cegos non paraban de toca-la zanfona, ou de rascar as cordas d'o violín, nin ó tío Roque de resoprar n-a sua trompeta de claves; y-as xentes d'afora non asosegaban hastr'o día, nin montaban n-as suas bestas os romeiros hastra que oubían misa pol-a mañá e sacaban â milagrosa Virxen en proceseón.

Pro, aqueles tempos xa se foron, Modestiño.

Hoxe xa non se ven romeiros de Pontevedra nin de Lugo; hoxe soilo se botan unhas cantas duceas de foguetes e, dinantes d'as once d'a noite, queda xa o campo sin xente.

Seica vai moito frio á veira d'o río, e faltan as cadelas, pois aínda s'esfondan algunhas caldeiras de pulpo e unhas cantas pipas de viño; pro xa non é semellanza d'o que foi, nin lle vexo trazas de que poida volvel-o á ser.

¡Hastr'as paviás d'o Riveiro tan cheirosas, tan grandes e tan coloradiñas, paresce que se trocaron cativas, sin cheiro e sin coor!

Pois ó mesmo socede co-a festa d'o señor San Roque.

Este ano deu o Concello catro mil reás pr'as festas, e, d'eses catro mil reás, aínda lle quitou vintecinco duros pr'a compor o tabrado d'a museda.

¿Qué xuncras habían de facer os que correron co-as festas?

Un mal folión com'os que fan en Peliquín ou en Regueiro Fozado, pois en Seixalbo, en Cudeiro ou en Velle sábenos facer moito millor que fixeron en Ourense a romaría d'o abogado d'a peste.

Todol-os pródicos dixeron que daba noxo ver aqueles faroles d'o Auntamento, tan porcós e que alumeaban tan pouco, e, respeito ôs fogos d'artíficeo, qu'eran poucos e sin lucimento, pois non se queimaron máis que n-a vespera das rodas, que fallaron algunhas veces n-o cambeo de coores.

O certo é qu'Ourense percisa d'un Auntamento que percure darlle mais vida ó comercio e tamén â endustrea; que faga com'os Aumontamentos d'outros povos, que percuran canto poden pol-o ben d'os seus adeministrados; que d'a mesma maneira qu'en Vigo, en Pontevedra, en Lugo e n-a Cruña fan todol-os anos grandes festas pra conmemorar a fecha groriosa d'a reconquista, festexar â virxe d'a Peregrina, ou á San Froilán, ou c'o noble ouxeto de facer imperecedeira a mamorea de María Pita, fagamos os d'Ourense,

unhas festas que den xénio, pra que veñan forasteiros de todol-os rincós de Galicia, e tamén as famileas de Madrí e de Castilla, que tanto s'adivirten n-o vran contemprando nosas pintorescas prayas e nosas froridas campiñas, pra qu'ademiren as tres cousas que ten Ourense e que non-as hay en España: o santo Cristo e-a Ponte, e-a Burga fervendo a augoa.

N-o meu conceuto ningunha festa millor pr'os d'Ourense, qu'a d'a Virxen d'os Remedeos, xa pol-a gran devoceón que lle teñen todol-os gallegos, xa porque n-o mes de Setembro están de volta todal-as famileas que van ôs baños, e tamen porque xa veñen de volta os forasteiros de fora de Galicia e, ademais, porque xa s'arremataron as festas de Pontevedra, de Vigo e d'a Cruña, que son as que nos poden facer competencea.

Xa ó teño dito moitas veces. Facendo contrebuir ó Patrón d'a Ermida, pois é quen mais vai ganando; deixando libre a entrada n-a feira; dando premeos às milliores cabezas de gando que viñesen; facendo unha suscriveón todol-os comerciantes, e dando tres mil pesetas o Concello, e tomando parte os centros de recreio, pódense facer unhas boas festas, pois, probas de que empregamos ben os cartos, dímolas xa n-o centeario d'o Padre Feixó e, aínda mais, cando se ll'erguiu a sua estautua n-a praza de San Miguel.

¡Aquelas sí que foron festas!

CHINTIÑO D'AS BURGAS.

Ourense, 10 Septiembre, 1892.





E NON SOÑEN

Rayab' ind'o día
Cand'él xa s'erguera.
Quedous'un pedazo
Catand'a costela,
Mirrad'e sin cores,
D'a fam'e d'as penas;
Bicou dous nenños
Qu'ô pe d'a rilleira
D'o leito, durmían
N-un berce de bergas;
Tiroulle dous gallos
N-a cort'â xuvenca
Que, sola, compuña
Sua probe facenda;
Pillou un gadaño;

Gardou n-a chaqueta
De broa duas codas
Mais duras qu'a cerna,
E foi ô mainzo
Sachar á unha veiga,
Pol-o aire y-a cara con qu'iba, de fixo,
Sua sorte maldindo co-a lengoa pequena.

Botou hastr'as doce
Fozando n-a terra
Qu'igual qu'o borrallo
Faci'as borrecas.
Enton, cand'as campas
Picaron n-a igresia,
Sentous'un pouquiño,
Sacou suas codelas,
Comeunas, tumbouse
Non inda ó que levan
Dous credos òn crego
Rezand'os con presa,
Y-â sacha d'o millo
Volveu tod'a sera,
Sin dar temp'á qu'algo
Pasar'a tosteira;
Pol-o aire y-a cara que tiña, de fixo,
Sua sorte maldindo co-a lengoa pequena.

N-a casa, de noite,
Topou as lachenas
Sin pan..... qu'o qu'había
N-o almorzo comérase,
Y-envoltos n-o fume
D'a leña mal seca
Qu'ardía su un pote
C'un fondo d'afreitas,
Os fillos pidindo
Con choros, a teta,
Que menos sorbida
Xa farta lles dêra,

Y-ond'eles, sentada
Por baixo, a parenta,
N-un brazo d'o escano
Fincando a cabeza
Y-as mas crucilladas
Enriba d'as pernas,
Pol-o aire qu'a cara enton tiña, de fixo,
Sua sorte maldindo co-a lengoa pequena.

—
Dempois qu'à vaquiña
Duas presas deu d'herba,
Cenaron co-as papas,
Correu as chavellas,
Mirou com'os guiches
Durmían, n-a testa
Chuchounos, deitouse
Fregand'as chincheiras,
E tras de dar voltas
Tres horas e medea
Quedouse moumeando
Com'os que trasvelan:
¡Que mais qu'a min bregue,
N'hay boi, nin hay besta!.....
¡De carn'e de viño,
N-o corpo non m'entran,
Agás día d'antroido,
Nin pinga nin freba!.....
¡Calado, trabucos
E rentas y-ofrendas
Paguei, anqu'a anada
Pra mais non me dêra!.....
E cand' unh'axuda
Pid'eu, s'é qu'aperta
N-a cas' alg'a fame,
Dinm'unhos: pacencia,
Y-os mais, que n'o coma,
Nin vay'ás tabernas!.....
¡Ai, fillos d'a y-alma,
Qu'igual non vos vexal!.....
¡Fai falla qu'os probes
Un día s'entendan!.....

Y-así tod'a noite levou e, tremando,
Sentouse duas veces pidind'a colmeira.

.
E mentras s'aguanten sua sorte maldindo
Y-o qu'este soñab'os labregos non vexan,
Será tamen pr'eles tormento hastr'o sono
E solo pr'o demo as venturas terreas.

MANUEL LEIRA.





PARRAFEO CON SAN PEDRO



O meu querido amigo o insigne escritor Leopoldo Pedreira.



Eu non sei cómo, nin cando
unha tarde, fun ó ceo:
Chamei, ó chegar á porta,
á modo c'os cotenelos,
y-abrindo d'ouro o postigo,
logo s'asomou San Pedro: .
—¿Qué te trai por este sito?
dix'o santo,—Señor, veño
á contarll'os meus traballos
y-a que me día un romedeo.
—Ben, home, ben, fala axiña
e, s'é qu'eu ó sei, dareicho.
¿Tí dónde vés?—Mui de lonxe;
aló, d'ise formigueiro
que nós lle chamamos *terra*,
por chamarlle d'algún xeito.

—¡Conózocha ben! Adiante.
—Pois eu, meu señor San Pedro,
quixera sair d'a terra
e virme pr'aquí, pro ceo.
—Home, ¿xa t'alcontras canso,
tendo tan pouquiño tempo?
—Señor; pro s'alí hai cousas
que me poñen dreit'os pelos!
—Iso non tés que decirmo,
qu'iso ben ch'o sei, meu neno:
Fánlle perder a pacencia
á un santo de pau: Eu teño
pasado cada entreitiza;
¡y-eso, qu'iba c'o MAESTRO!
De modo, que xa m'esprico
que queiras deixar aquilo.
¡Hai sito, que nin ten auga,
e que non colle un sustento!
Tí dond'eres, meu rapaz?
¿D'un lugar así, famento?
—Non, señor, son de Galicia.
—¿Tí de Galicia, larpeiro?
Eres de Galicia e quéixaste?
¡Y-ainda queres vir ó ceo!
¿Qué pensas tí qu'aquí hai,
que non poidais alí télo?
Non tedes alí verxeles
tan bós com'os qu'aquí temos?
Non tedes alí mais música
qu'a que podía haber n-o ceo?
Non son ánxeles as nenas?
Non levan n-o seu acento
o cantar mais armunioso
y-o falar mais garruleiro
que podían topar nacidos
baixo d'a capa d'o ceo?
¿Non vedes o mar mais bravo
bicar, homild'o tarreo,
e chegar, ruxind'as olas
e caladas, ir volvendo
sin qu'haia unha que s'astreva
á pasar á terra adrento
y-aloumiñando as suas costas

servirll'escravas, de espello,
pra que Galicia retrate
seus encantos, n'o seu seo?

Cand'o mar ruxe, as cibdades
d'a veira tembran de medo;
comeus'á Cais n'unha noite,
á Lisboa, pouco menos;
islas hai, que, sendo grandes,
vainas com'hovos sorvendo
sin que deixe d'o seu sito
nin o anaco mais pequeno,
mentres, medrosa, n'a Cruña
deíxase ganar tarreo
pra qu'as cruñesas amosen
os seus corpos feiticeiros
e, cumprida, deixa sito
pra que fagan o *Relleno*!

As notas d'os vosos cantos
¿non van dar á un aire cheo
d'os perfumes dé mil frores
e froitas d'o mellor cheiro?
¡Pois quen quixer pedir mais,
non pode ser bon gallego!
—Por Dios, señor, non s'anoxe
y-escoite, señor San Pedro:
E, qu'unque son de Galicia,
saín d'alí xa fai tempo.
—¿E dónde estás?—En Madrí.
—¡En Madrí! ¡Coiro, n-o inferno!
—¿E logo vosté xa sabe?.....
—Vaya, non hei de sabelo!
E porqué non vas á terra?
—Porqué lle son mui careiros
os d'o trén; y-ós de terceira
métenos nunhos cortellos
com'ovellas, y ¡ay! d'os probes,
si se queixan, bo'á fixeron,
si non lles fan pagar mais
pódense dar por contentos.
Vosté, que conoce á tantos
e que ten tantos empeños,
si me puidera sacar
un billet'á medio precio.....

—¿Eu, meu fillo? ¡Eu non podo!
¡Tí non ves, que nunca vexo
á un aucionista que podía
poñer os pés pol-o ceo?
Háche de ser mais doado
topar quen dia o diñeiro,
que non ter o tren de balde;
conqu' atend'o meu consello:
Non seas tolo, vait'à terra
e non deixes perder tempo,
verás, como en canto chegues
te pós á bailar de ledo
e non volves n'a tua vida
á pedir pra vir ó ceo.

Fixenll'unha reverencia
e dínlle, pol-o consello
e seu parrafeio, as graceas
e "c'o debido respeito,"
despois de bicarll'a mau,
despedínme de San Pedro.

Y-ó volver pol'o camiño
pensei eu pra min: ¡E certo!
Ten muita razón o santo
¡Cómo conoce o tarreo!
E poñía así..... unha cara,
ó darll'eu o adios postreiro;
¡qu'inda sei que de boa gana
viña connigo San Pedro!

LUÍS GONZÁLEZ LÓPEZ.





LONXE D'A TERRA

—

I

A-aurora espertouse.
D'o monte n-as pedras,
que brancos pantasma
erguidos somellan,
os rayos dourados d'o sol qu'amañece
sua luz escachelan.
As auras, bicando
n-a verde pradeira
âs froles pintadas,
cobertas de pelras,
marmullan amores, qu'os cantos repiten
d'as aves parleiras.

D'os altos picoutos,
en brancas guedellas
de neve, caendo
n-o fondo d'a veiga,
o río, muxindo, repite os acentos
d'a lóbrega selva.
E-alá, lonxe..... lonxe,
por torta vereda,
o canto s'ascoita,
qu'as rulas remeda,
d'a moza garrida que coida d'o gando,
d'a fonte n-a veira.
¿Qué máxicas notas
seus cantos encerran?
¿Qué falan os ríos,
as brisas y-as selvas?
Qu'encanto s'atopa n-os rayos dourados
d'o sol qu'alumea?.....
Non sei!..... Xa fai tempo
que, lonxe d'a terra,
d'o viron meus ollos
a sua luz primeira,
cobréusem'a y-alma de negra tristura,
de dôres e penas!
Cicais n-os rumores
d'a lóbrega selva
me chega o suspiro,
me chega unha queixa
d'a nay, qu'hoxe durme, n-o sono d'a morte,
debaixo d'a terra!
Cicais n-eses rayos
d'o sol, que se creban,
d'os altos picoutos
d'o monte, n-as pedras,
miro hoxe a sonrisa d'o fillo querido
qu'a sorte m'ó arredra!
Cicais n-eses cantos
qu'as rulas remedan,
cicais n-os marmullos
d'o río n-a veiga,
me chegan os ecos d'un bico perdido
n-a noite seréa,
d'aquela, qu'o ceo

me deu n-esta terra,
pra dôce consolo
de dôres e penas!

.
.

II

A noite pechouse.
D'o monte n-as pedras,
que negros fantasmas
erguidos somellan,
os lóstregos roxos, qu'as nubes alcenden,
sua luz escachelan.
O vento que xime
n-a torta vereda,
chirrando d'as torres
n-as negras veletas,
cal man de xigante, n-os muros azouta
d'as altas almenas.
E-alá lonxe..... lonxe,
n-a ermida d'aldea,
detrás d'os curutos
que sombra lle prestan,
a lingua de ferro d'a longa campana
qu'o monxe avanêa,
con eco dôente,
cal fúnebre queixa,
cal ronco sospiro
de-y-alma que pena,
ô rezo chamando, seus tristes lamentos
os ecos remedan.
¿Qué tristes recordos
à mente me chegan
envoltos n-as aas
d'o vento qu'oubea?.....
¿Porqué d'esa ermida, seus ayes doidos
n-a y-alma se quedan?.....
¡Non sei!..... Xa fai tempo
que, lonxe d'a terra

onde a nai querida
meu verce mecera,
eu levo n-a y-alma, coberta de loito,
tristuras e penas!
Cicais n-os queixumes
d'o vento qu'oubea;
cicais n-a campana
d'a ermida d'aldea,
d'a nai, d'o meu fillo, d'a esposa querida,
qu'a sorte m'arredran,
ascoito os sospiros,
os ayes, as queixas,
chamándome, tristes,
chamándome, tenras,
je, namentras, eu morro eiquí lonxe,
coberto de pena!!.....

JAVIER VALCARCE OCAMPO.

Cuenca, 1887.





NECROLOGÍA

ERNESTO RENAN

FRANCIA acaba de perder uno de sus más geniales pensadores, que poseía á la vez todos los recursos del estilista castizo y brillante, y profundo conocimiento de la civilización semita. En numerosos artículos necrológicos se ha rendido justo homenaje al filósofo autor del *Porvenir de la Ciencia*, al espíritu crítico y erudito, que ha trazado la *Historia del pueblo de Israel* y al literato eximio, que imaginó los *Dramas filosóficos*. Consigno la respetuosa admiración debida á las obras del sabio profesor del Colegio de Francia; pero mi propósito de este momento se limita á recordar que Renan nació en Bretaña y que murió siendo breton, sin que las numerosas y variadísimas circunstancias, que tan hondamente hubieron de influir en su vida, logran borrar el sello regional de su nacimiento.

Por las conocidísimas analogías que relacionan Bretaña

con Galicia, como parafrasis é ilustración de las cosas de nuestra tierra, presento á Renan *exclusivamente en el concepto de bretón*, tarea muy fácil, porque él mismo nos la da hecha en su deliciosa autobiografía, publicada con el título *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*. De las 411 páginas que componen este libro, en el cual alternan con amenidad encantadora las reflexiones del filósofo y las agudezas del artista, sólo he de referirme á las 197 primeras, que comprenden los recuerdos de la infancia y constituyen el retrato del espíritu bretón, en cuyo lineamiento puede contemplarse el espíritu gallego, reproducido con fidelidad maravillosa.

La nostalgia de la tierra natal, tan característica de nuestra raza, parece contradicha en estas palabras del ilustre escritor: "Muy tarde comencé á tener recuerdos. Un imperioso deber me obligó en los años de mi juventud á resolver, no con el vagar de lo especulativo, sinó con la fiebre de lo que lucha por la vida, los más altos problemas de la filosofía y de la religión, sin concederme un momento para volver la vista atrás," pero esta contradicción, aunque se juzgue incontrovertible, por ser explícitamente confesada, deja de serlo tomando en cuenta hechos de otra naturaleza—que hasta en los espíritus superiores es muy grande el poder de lo inconsciente.—

Los anatemas fulminados contra el autor de la *Vida de Jesús* impresionaron hondamente á sus conterráneos, mancillando la tradición de sus fervorosas creencias, y, como protesta al blasfemo, se apartaron de él negándole el dulce calor del afecto regional: pero, corriendo los años, fueron apagándose los ecos del escándalo, las censuras, antes implacables, atenuáronse con las demostraciones de sinceridad del incrédulo, su altísimo mérito intelectual fué sancionado por los centros científicos más respetables, llamándole á su seno, y entonces los que antes le desdeñaron fueron templando sus rigores, el hijo antes tenido por espurio empezó á ser contemplado con miradas de afecto y hasta de gratitud, por lo que ennoblecía á su tierra con su prestigio personal. Como prenda de nueva amistad se le otorgó la presidencia del *Diner Celtique* y, respondiendo al estímulo de estas pruebas de respetuoso cariño, el espíritu bretón se presentó tan poderoso como si ajenas influencias no lo hubiesen atenuado, y el que parecía haber olvidado su país natal escribió: "Una de las leyendas más extendidas en Bretaña es la de una supuesta villa de Is, que en época desconocida

se sepultó en el mar. En diversos puntos de la costa se indica el emplazamiento de esta ciudad fabulosa, de la cual cuentan los pescadores maravillosos sucesos, asegurando, que, en los días de tempestad, se ven entre las olas las flechas de sus iglesias, y, en los de calma, se oye subir del abismo el sonido de sus campanas modulando el himno del día. Yo creo muy á menudo que tengo en el corazón una villa de Is, en la cual suenan campanas obstinadas en convocar á los oficios sagrados á fieles que no las oyen. Muchas veces me detengo á escuchar estas trémulas vibraciones, que me parecen venir de profundidades infinitas, como voces de otro mundo. Sobre todo, ya en el umbral de la vejez, me deleito, durante las vacaciones estivales, en recoger estos murmullos lejanos de una Atlántida desaparecida.,

En efecto, Renan, despreciando el fastuoso bullicio de los puertos y balnearios de Francia, iba á veranear á las austeras soledades de su Bretaña, y la amorosa reconstrucción de las primeras fases de su vida le llevaba por el camino del sentimiento al respeto y veneración de todo lo pasado sin exclusiones sistematicas, proclamando: que, "al aumentar el tesoro de las verdades que forman el capital adquirido por la humanidad, somos los continuadores de nuestros piadosos antepasados, que amaron lo bueno y lo verdadero en la forma posible en su tiempo. Extraño error es creer que se sirve á la patria calumniando á quienes la fundaron. Todos los siglos de una nación son páginas de un mismo libro. Los verdaderos espíritus progresivos son los que tienen por punto de partida un respeto profundo á lo pasado, y no es más que la resultante de un trabajo secular cuanto hacemos y cuanto somos. Yo nunca me siento más firme en mi fe liberal, que cuando pienso en los milagros de la fe antigua, ni más decidido á colaborar en la obra del porvenir, que después de haber escuchado horas enteras las campanas de la villa de Is.,

Las muestras de reconciliación con que los bretones agasajaron á su ilustre conterráneo abatieron en el espíritu de este la esclusa que contenía el torrente de sus recuerdos, el cual, al desbordarse por las áureas páginas de su mencionado libro, patentizó que nada de lo peculiar y característico de su tierra se había perdido en el tráfigo de la vida parisien. No sólo las leyendas tradicionales, sino las observaciones psicológicas—quizá confirmadas en el examen de conciencia del propio observador—salieron entonces á luz, mos-

trando "que lo predominante en los pueblos de raza bretona es el amor, siendo entre ellos, más que una pasión, un sentimiento tierno, profundo, afectuoso; voluptuosidad interior que consume y mata, en nada semejante al fuego de los países meridionales. El paraíso que sueñan es fresco, verde, sin ardores. Ninguna raza cuenta más muertos por amor, poquísimos por suicidio, pero muchos por lenta consunción, observándose esto con frecuencia en los jóvenes desterrados de Bretaña. Incapaces de distraerse con amores vulgares y venales, sucumben á consecuencia de indefinible languidez. La nostalgia sólo es la apariencia, la verdad es que el amor se asocia en ellos de manera indisoluble á la aldea, al campanario, al *Angelus* de la tarde, al paisaje favorito. El hombre apasionado del Mediodía mata á su rival y al objeto de su pasión. El sentimiento de que hablamos sólo mata á quien lo padece. La verdadera poesía de tal amor es la canción de primavera del Cantar de los Cantares, poema admirable, más voluptuoso que apasionado: *Hiems transiit: imber abiit et recessit..... Vox turturis audita est in terra nostra..... Surge, amica mea, et veni!*,"

Publica á voces quien pinta tan admirablemente el alma de su pueblo, que ésta vive en él, porque sólo respondiendo al impulso de sus sentimientos se revela en los trazos tanto cariño y tanta verdad; y por lo transcrito se comprenderá que los recuerdos de la infancia, ya latentes, ya explícitos, nunca abandonaron al nacido en la villa de Treguier. Los desdenes habrán amargado estos recuerdos y ennegrecido sus horas de nostalgia resolviéndole á olvidar lo que sólo tribulaciones le proporcionaba, pero la ley natural, más poderosa que el acto de la voluntad, conservó viva la primera é indestructible hechura, y ésta, á pesar de los años transcurridos, reapareció íntegra cuando se rompieron las ligaduras que la oprimían.

Si los estudios etnográficos, históricos y sociológicos patentizaron las íntimas relaciones de Galicia y Bretaña, Ernesto Renan, revelando lo más hondo de sus sentimientos en los ingenuos episodios de *Souvenirs d'enfance*, las confirma refiriendo multitud de cosas que atribuiríamos á nuestro país, si del relato se borrara el nombre de los lugares. Nos importa mucho consignar este caso, porque hay quien dice, que la persistencia del tipo regional y la nostalgia de la tierra en que se empezó á vivir son señales de gran inferioridad psíquica, la cual resiste toda adaptación que ex-

ceda á la simplicísima de los estrechos horizontes en que formó las primeras rudimentarias nociones que, de una vez para siempre, tiranizaron su mezquino entendimiento.

Renan educó su espíritu en la amplitud de los horizontes humanos entregándose á los grandes problemas que no conocen las limitaciones de lugar y tiempo, y no obstante, nunca cesaron de sonar en el fondo de su alma las campanas de la villa de Is, y llegó á la vejez confesando: "cuando yo me estudio, reconozco que he variado muy poco," siendo un romántico moral, por un atavismo de raza, y apareciendo á la vez místico é impío, porque "la religión es la forma bajo la cual las razas célticas disimulan su sed de lo ideal, pero se engañan quienes crean que es para ellas una cadena que las ata. Ninguna raza las aventaja en la independencia de su sentimiento religioso."

¿Explicará esta peculiaridad la extraordinaria duración que tuvo el priscilianismo en Galicia? Sin contestar á esta pregunta, conste que de las confesiones íntimas de Renan y de la exposición de sus recuerdos se desprende en toda su pureza el espíritu de las gentes de Bretaña, pero que las de Galicia no vacilamos en reconocer como nuestro.

JOSÉ R. CARRACIDO.





BENITO CALDERÓN OZORES



¿**E**AN rápida é inesperada fué, que aún no nos hemos dado cuenta exacta de la espantosa realidad de su muerte, acaecida en el lleno de su juventud robusta, cuando la Fortuna, sentándose en su hogar, se había entretenido en concederle, generosa, favores y venturas, y sus talentos, y la posición política que alboreaba, para él risueña, y el amor y las simpatías unánimes de los suyos, así los de ayer como los de hoy, y sobre todo, las mieles dulcísimas, apenas gustadas, de su reciente matrimonio, hermosado con las sonrisas de dos lindas criaturas, le habían convertido en uno de los contados rarísimos seres para quienes la felicidad existe con caracteres de perpetuarse y consolidarse en un porvenir no menos rico y alegre que el presente.

¡De cuán rigurosa aplicación ha sido á esa fugitiva existencia aquel gemido de Job, que repite la Iglesia, al orar por los difuntos: *me buscarás por la mañana y ya no seré!*

Era la noche del 11 de Septiembre último. Tras un día de agitación y de emociones, como sólo se sienten cuando la pasión política caldea los ánimos y la incertidumbre del triunfo y el ardor de la pelea dominan la voluntad poniéndola en tortura, y en fuerte tensión todos los nervios, los buenos santiagueses, poseídos de legítimo entusiasmo, se reunían en el *Centro popular* para celebrar la victoria obtenida aquella tarde en los comicios de Santiago, victoria tanto más anhelada y gustosa, cuanto que era la tercera lograda, en menos de dos años, por la libertad, la independencia y la gratitud de un pueblo, contra la arbitrariedad y los desaciertos de un antipático y abusivo poder. Obligado más bien que excitado por los ruegos de cuantos allí se congregaban, Benito Calderón dirigió a la multitud su palabra elocuente como siempre, arrebatadora como nunca. Sobresaliendo por entre las continuadas aclamaciones y los frenéticos aplausos, su voz, clara, sonora, de timbre agradabilísimo, resonaba potente en el amplio salón, llevando a sus ámbitos y hasta a la calle contigua, también henchida de gente, frases de agradecimiento, preñadas de alhagadoras promesas para todo el distrito y sobre todo para la ciudad amada.

Aquel su gran triunfo oratorio fué su último discurso. ¿Quién había de presumir entonces, que el que, exuberante de vida y de alegría, abandonaba, llevado en hombros de sus electores, el teatro de Santiago, un mes después, en hombros también de amigos leales, pero encerrado, sí, en tristísimo féretro, bajaría la avenida sombreada por corpulentos eucaliptos de la hermosa posesión de Lourizán, nido de sus fugaces amores, para no volver jamás a pasear bajo sus poéticas umbrías la dicha que fué flor de una mañana para la desolada que, niña aún, le llora ya viuda?

¡Qué amarga y hondísima pena la de la ilustre dama, Condesa Viuda de San Juan, desventurada madre del malogrado joven; la del preclaro repúblico que con toda su distinguida, cariñosa familia, sufre igualmente la eterna ausencia del que por tan breve tiempo fué hijo suyo predilecto!

De carácter caballeroso y resuelto, lleno de noble ingenuidad, dotado de claro talento y palabra elocuente y espontánea, era Benito Calderón uno de los jóvenes de quien más podía esperar el partido liberal, en cuyas filas formaba como Diputado a Cortes, y prometerse más, por ende, la causa de la libertad y de la democracia. Sus compañeros de estudios elogiarán siempre al que fué varios años núme-

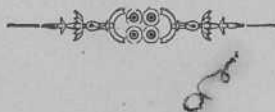
ro primero de la Academia de Artillería y mereció la distinción honrosísima de ser por más de una vez condecorado con la Cruz del Mérito Militar: sus amigos y correligionarios no podrán olvidar la facilidad envidiable con que, inmediatamente de recibir la investidura de Diputado, se enseñoreó de la tribuna parlamentaria: sus electores recordarán constantemente al infatigable adalid de sus intereses y de su bienestar: Santiago, sobre todo, llorará siempre al hijo ilustre que, nacido para la realización de altos destinos, parecía abocado á darle días de gloria.

Y que la pérdida fué inmensa y el sentimiento general lo acreditaron por inconcuso modo las manifestaciones unánimes de duelo, y la realmente imponente del sepelio. A pesar de lo desapacible del tiempo, de que la lluvia caía fuerte y sin intervalos, el viento era recio y continuado, y la distancia que separa el cementerio de la ciudad de Pontevedra, á donde fué llevado en tranvía de vapor el cadáver, es de cerca de dos kilómetros, gentes de todas las clases sociales y de casi todas las ciudades y principales pueblos de la región, desafiando tales inclemencias, siguieron en compacta muchedumbre al fúnebre cortejo hasta que los inanimados restos del bizarro militar quedaron encerrados en suntuoso panteón, para dormir bajo sus mármoreos muros el sueño que no tiene humano despertar.

¡Descanse en paz el amigo queridísimo! El amor inextinguible de sus amados, el cariño de sus amigos, la estimación de todos, velarán constantemente su sepulcro.

A. DÍAZ DE RÁBAGO AGUIAR.

Puebla del Caramiñal, 25 de Octubre de 1892.



LA COMERCIAL:

Establecimiento Tipográfico de la Papelería de Ferrer

REAL, 61.—LA CORUÑA

1892